BRUGUERA

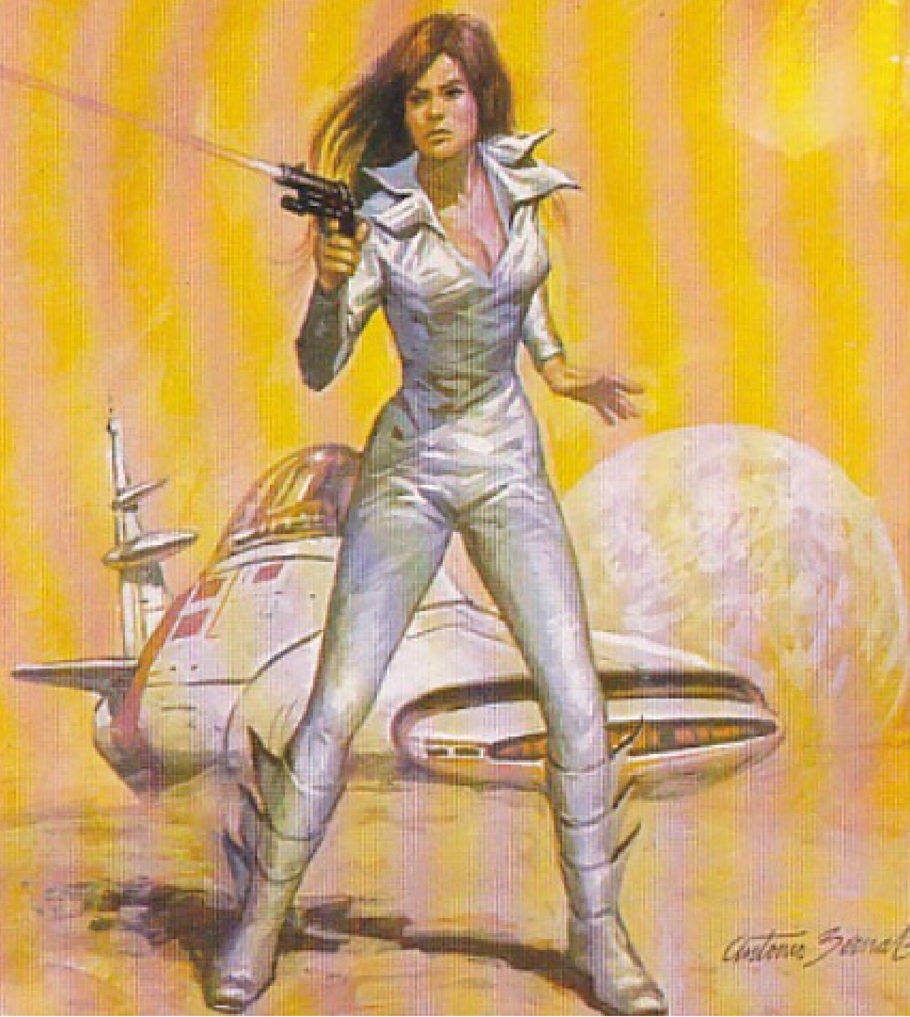
BOLSILIBROS

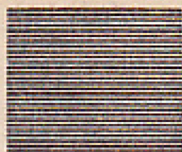
FUTURO

HEROES ESPACIO

SIRPA, LA ESPIA DE ZOMBO

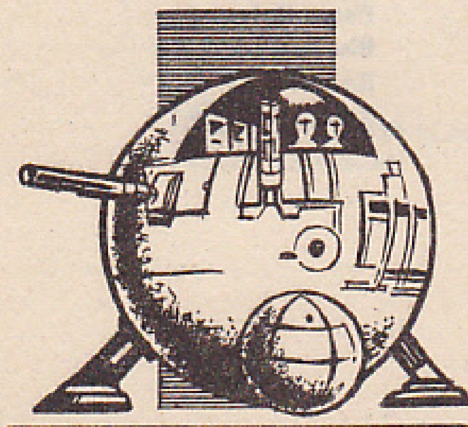
JOSEPH BERNA





héroes del

ESPACIO





JOSEPH BERNA
SIRPA, LA ESPIA DE ZOMBO

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 228 Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, **S.** A.
CAMPS Y FABRES, 5 BARCELONA

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Bisonte Serie Azul
Búfalo Serie Azul

ISBN 84-02 09281-0 Depósito legal: B. 35.803 1984
Impreso en España Printed in Spain
1.a edición en España: diciembre, 1984 1.* edición en América: junio, 1985

Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Clinton Buckman abandonó Washington en su helimóvil y se dirigió a la casa de campo que poseía a unos cien kilómetros de allí, en una zona tranquila y saludable.

Washington, en cambio, distaba mucho de ser un lugar tranquilo y saludable, porque corría ya el año 2049 y la ciudad se había agrandado muchísimo en las últimas décadas.

Actualmente, era un auténtico hormiguero humano, del que Clinton Buckman huía siempre que podía. Desgraciadamente, su trabajo le dejaba poco tiempo libre y no le permitía trasladarse a su casa de campo con la frecuencia que él desearía.

Y es que Clinton Buckman era físico nuclear.

Un físico nuclear joven, puesto que contaba sola mente treinta y cinco años de edad. Pero, a pesar de su juventud, Clinton Buckman gozaba ya de un merecido prestigio, pues había dado sobradas pruebas de una inteligencia poco común.

En opinión de muchos, Clinton Buckman iba para genio.

Para algunos, ya lo era.

Clinton sabía que sus trabajos, sus investigaciones, y sus descubrimientos en el campo nuclear causaban admiración y despertaban, incluso, la envidia de algunos colegas que, pese a llevar muchos más años que él dedicados a la física nuclear, no habían alcanzado sus éxitos ni su prestigio.

Sin embargo, a Clinton no se le había subido en absoluto la fama a la cabeza. Seguía siendo un tipo sencillo, simpático, cordial, amigo de todo el mundo. Y le gustaba lo que le había gustado siempre.

Tomar el sol tumbado sobre la hierba fresca, respirar aire puro, leer un buen libro, pescar truchas, bañarse en las limpias aguas del río que pasaba cerca de donde se alzaba su casa de campo...

También le gustaban las mujeres, claro; era un hombre normal. Había intimado con varias, aunque la verdad es que no se había enamorado todavía de ninguna.

Era la única razón de que Clinton Buckman continuase soltero. Estaba a favor del matrimonio, pero no se casaría mientras no encontrase a la mujer que le hiciese sentir lo que no sentía cuando estaba con las demás.

Y eso tenía que suceder algún día, Clinton estaba seguro de ello. Era sólo cuestión de esperar.

Mientras pensaba en todo esto, y en algunas cosas más, su helimóvil seguía volando en dirección a la casa de campo. Cien kilómetros, para un vehículo tan moderno y rápido como el suyo, no era apenas distancia.

Por eso, aunque había salido al atardecer de la ciudad, llegaría antes de que empezara a oscurecer, con tiempo suficiente para prepararse una cena especial.

Algunos minutos después, Clinton divisaba su casa de campo. No era demasiado grande, ni tampoco lujosa, pero sí bonita y confortable. Y el lugar en donde había sido construida era verdaderamente hermoso y relajante.

Lo que necesitaba Clinton para olvidarse de su trabajo, aunque sólo fuera por unas horas, y descansar plácidamente, sin bullicio, sin ruidos, sin nada que perturbase aquellos momentos de reposo.

¡Pura gloria!

Clinton Buckman redujo la velocidad, hizo descender su helimóvil, y lo posó frente a la casa, parando seguidamente el motor. Las hélices aún dieron algunas vueltas, llevadas de su impulso, pero estaban quietas ya cuando el científico tomó su bolsa y descendió del aparato.

Era un hombre de los considerados altos, ya que rozaba el metro noventa de estatura, y poseía una constitución física envidiable, pues no era ni grueso ni delgado, y su musculatura era fuerte, desarrollada, importante. Tenía el pelo negro y las facciones agradables. Vestía un pantalón rojo oscuro, ajustado, y una holgada camisa azul brillante, con abotonadura lateral. Calzaba botas cortas, muy cómodas por su extraordinaria flexibilidad.

Clinton fue hacia la puerta de la casa, extrajo una llave de su bolsa, y abrió con ella. Penetró en la casa y encendió las luces, porque las ventanas estaban cerra das y no dejaban pasar la luz exterior.

Lo primero que hizo el físico nuclear fue abrirlas, para que se airease la casa. Después se introdujo en la cocina y lo dispuso todo para prepararse la cena especial.

Si le salía como la última, se iba a chupar los dedos, porque...

Clinton Buckman se vio obligado a interrumpir sus pensamientos

porque acababan de llamar a la puerta. Y le sorprendió bastante, pues no esperaba a nadie.

Intrigado, el científico salió de la cocina y alcanzó la puerta, tirando de ella. Al abrir, descubrió que se trataba de una hermosa mujer de cabello cobrizo, ojos verdes, grandes y profundos, pómulos altos, elegantes, suavemente marcados, nariz perfecta, y labios carnosos, recubiertos de un brillo húmero, realmente excitante.

La mujer, que no tendría más de veinticuatro o veinticinco años de edad, vestía un traje plateado, muy brillante, de una sola pieza, tan ceñido que permanecía pegado a su cuerpo como una segunda piel.

Y menudo cuerpo...

A Clinton casi se le escapa un silbido de admiración al repasarlo con su mirada, porque era sencillamente perfecto. No faltaban ni sobraban centímetros en ninguna parte.

La chica, que calzaba unas botas realmente originales, exhibió una encantadora sonrisa y saludó:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —respondió el científico, con voz no demasiado clara, pues se hallaba todavía bajos los efectos de la sorpresa que para él había supuesto el abrir la puerta y encontrarse con una mujer tan sensacional como aquélla.

—Bueno, casi buenas noches —dijo la chica, mirando un instante hacia el cielo.

—Sí, no tardará en oscurecer —carraspeó Clinton.

La mujer volvió a posar sus verdes ojos en él.

—Mi nombre es Sirpa.

—¿Cómo?

—Que me llamo Sirpa. ¿Y usted...?

—Clinton; Clinton Buckman.

La chica le tendió su mano.

—Mucho gusto, señor Buckman.

—El gusto es mío —respondió Clinton, estrechándosela.

Le agradó el contacto de la mano femenina, pues era suave y cálida, por lo que la retuvo más de la cuenta. Aunque de una manera inconsciente, claro.

La chica, por su parte, no hizo nada por rescatarla.

—Tengo un problema, señor Buckman.

—¿De veras?

—Mi vehículo volador se averió cerca de aquí y se precipitó contra el suelo.

Clinton se alarmó.

—¿Sufrió usted algún daño, Sirpa...?

—No, afortunadamente el choque fue más bien leve, ya que hice todo lo posible por controlar el aparato. No lo logré, pero sí conseguí que diera algunos bandazos, lo que restó fuerza al impacto.

—Menos mal.

—Me duele un poco el hombro izquierdo, pero no creo que sea nada serio. El golpe no fue duro.

—De todos modos, habrá que echar un vistazo. Pase usted, Sirpa.

—Gracias, señor Buckman.

La joven entró en la casa y Clinton cerró la puerta.

—Permítame, Sirpa —dijo el científico, cogiéndola suavemente del codo derecho y llevándola hacia el salón.

—Es usted muy amable, señor Buckman.

—Y usted una chica con suerte. Pudo haberse matado en el accidente. O resultar seriamente lastimada.

—Es verdad. Por fortuna, sólo tengo lo del hombro, que estoy segura carece de importancia. Y mi suerte ha sido doble, ya que al poco de haber sufrido el accidente, cuando pensaba que tendría que caminar varios kilómetros hasta encontrar a alguien que me ayudase, descubrí su helimóvil en el cielo y vi que se posaba cerca de donde yo me hallaba.

—Y vino hacia aquí, ¿eh?

—Al instante.

Como estaban ya junto al sofá, Clinton dijo:

—Siéntese, Sirpa.

—Gracias.

—Y ahora, veamos ese hombro.

Antes de abrirse el traje, la chica preguntó:

—¿No hay nadie más en la casa, señor Buckman?

—No, estoy solo.

—¿Es soltero?

—Y sin compromiso.

—Lo dice con la sonrisa en los labios. ¿Acaso no es partidario del matrimonio...?

—Oh, sí, ya lo creo que lo soy. Lo que sucede es que no he encontrado todavía a la mujer de mi vida. En cuanto dé con ella, me caso en seguida.

Sirpa sonrió y se abrió el traje hasta casi la cintura. Para descubrirse el hombro lastimado, se vio obligado a descubrir también casi totalmente su seno izquierdo.

Clinton le demostró que era todo un caballero y se fijó solamente en el hombro, que era redondo, suave, perfecto.

—No veo contusión alguna, Sirpa.

—Mejor.

—Tampoco parece que tenga el hombro hinchado.

—Ya le dije que el golpe no fue duro.

—Pero le duele...

—Sí, un poco. Especialmente, cuando muevo el brazo. Pero se me pasará pronto, no se preocupe —aseguró la joven, e hizo ademán de cubrise el hombro.

—No, espere —rogó Clinton—, En el botiquín tengo un linimento que es mano de santo para los golpes y contusiones. Se lo aplicaré, le daré unas friegas, y desaparecerá el dolor, ya verá.

—De acuerdo —sonrió Sirpa.

—Voy por él —dijo el científico, y se alejó, sin sospechar que lo del accidente de la chica era un cuento chino.

CAPITULO II

Clinton Buckman tardó sólo un par de minutos en regresar con el frasco de linimento, comprobando que Sirpa seguía con el hombro izquierdo al descubierto.

Y con el seno también, claro.

Mientras se aproximaba, el científico no pudo dominar la tentación de echar una fugaz mirada a la magnífica protuberancia pectoral, capaz de poner nervioso a cualquiera.

Sirpa se dio cuenta, pero no dijo nada, limitándose a sonreír. Si lograba cautivar al famoso físico nuclear, mejor para sus planes, pues podría desarrollarlos con más facilidad.

Clinton, que no desconfiaba en absoluto de la chica, se sentó junto a ella y abrió el frasco de linimento.

—¿Lista, Sirpa?

—Cuando quiera, señor Buckman.

El científico se echó un poco de linimento en la palma de la mano, se deshizo del frasco, y comenzó las friegas. Unas friegas vigorosas, pero suaves a la vez, que no hubieran causado daño a la astuta Sirpa aunque su hombro estuviera lastimado de verdad.

La joven cerró los ojos y exhaló un leve gemido. —¿Le hago daño, Sirpa...?

—Oh, no, en absoluto. Tiene usted las manos fuertes, señor Buckman, pero saben cómo friccionar el hombro de una mujer. En vez de dolor siento placer. Clinton rió.

—¿Habla en serio...?

Sirpa lo miró a los ojos.

—Es una sensación maravillosa, se lo aseguro.

—Mejor así —dijo el físico nuclear, y siguió masajeando el hombro femenino.

Sirpa cerró nuevamente los ojos y dejó escapar otro dulce gemido.

Poco después Clinton decía:

—Creo que ya es suficiente.

—Muchas gracias, señor Buckman.

—No hay de qué.

Sirpa se cubrió el hombro, y también el seno, y se cerró el traje, diciendo:

—Ya no siento ningún dolor.

—Este linimento es mano de santo, ya se lo dije.

—Usted sí que es mano de santo.

Clinton dejó oír nuevamente su risa.

—Le propongo algo, Sirpa.

—¿El qué?

—Que cene conmigo.

—Acepto encantada, señor Buckman.

—La cena todavía no está hecha, ¿eh? —advirtió Clinton—, Me disponía a prepararla cuando llamó usted.

—No importa. No tengo ninguna prisa.

—¿No le espera nadie, Sirpa?

—No. Sigo soltera y sin compromiso, como usted.

—En ese caso...

—¿Sí, señor Buckman?

El científico carraspeó.

—Verá, he pensado que quizá le gustaría pasar la noche aquí. Mañana es domingo y...

—Me encantará, señor Buckman —respondió la joven, con una sonrisa realmente cautivadora.

—No piense mal, ¿eh, Sirpa?

—¿Pensar mal...?

—Bueno, puede dar la impresión de que deseo aprovecharme de la situación, pero yo le aseguro que no es así. Sólo hay una cama, la mía, pero está a su disposición, Sirpa. Yo dormiré aquí, en este sofá. Es muy cómodo y...

Clinton no pudo seguir hablando, porque Sirpa le había sellado los labios con su mano.

—No diga tonterías, señor Buckman —sonrió la joven, antes de retirar su mano de la boca masculina y besar al científico.

Fue un beso cálido, dulce, amoroso.

Clinton sintió deseos de abrazar a la hermosa Sirpa y besarla a su vez con pasión, pero se frenó. No debía precipitarse, quedando como quedaba toda la noche por delante.

Una noche que, a juzgar por las palabras de Sirpa, iba a ser maravillosa, pues ella no parecía dispuesta a permitir que él

durmiera en el sofá. Quería que compartiera la cama con ella.

Y si se acostaban juntos...

Tras el beso, Sirpa lo miró a los ojos y preguntó:

—¿Te gusto, Clinton?

—Muchísimo —confesó el físico.

—Tú a mí también.

Buckman la rodeó con sus brazos, porque ella se lo estaba pidiendo con los ojos. Y le estaba pidiendo, también, que la besara largamente, con vehemencia.

Y así la besó.

Sirpa le devolvió el beso con idéntico ardor.

Desgraciadamente, cuando más intenso y maravilloso era el beso, la puerta se abrió de golpe y cuatro hombres irrumpieron en la casa, el primero de ellos esgrimiendo una pistola de rayos paralizantes.

* * *

Clinton y Sirpa interrumpieron el beso al oír que la puerta se abría y miraron hacia allí, sorprendidos los dos.

—¿Quiénes son esos hombres...? —preguntó ella.

—No tengo la menor idea —respondió él.

—Han entrado sin llamar... Y uno de ellos empuña una pistola... —observó la joven.

—No te muevas de aquí, Sirpa —rogó Clinton, y se puso en pie.

Iba a caminar hacia los tipos, pero el que esgrimía la pistola le apuntó con ella y ordenó:

—Quieto, profesor Buckman.

Clinton no tuvo más remedio que obedecer.

Los tipos se aproximaron, parándose a escasos metros del sofá.

Los cuatro eran altos y corpulentos, y tenían las facciones duras, desagradables. Sin dejar de vigilar al científico, observaron a Sirpa, a la que se comieron literalmente con los ojos.

—Así que está con una amiguita, ¿eh, profesor? —dijo el que le apuntaba con la pistola de rayos paralizantes.

Clinton, muy serio, interrogó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué entraron en mi casa sin molestarse en llamar? ¿Qué es lo que quieren?

El tipo que empuñaba el arma dejó de prestarle atención a Sirpa, que continuaba sentada en el sofá, y respondió:

—Va a venir con nosotros, profesor Buckman.

—¿Qué...?

—Nos tiene que acompañar, por las buenas o por las malas.

—¿Adónde?

—Lo sabrá cuando lleguemos.

Sirpa se puso en pie y murmuró:

—Esto me huele a secuestro, Clinton.

—A mí también —rezongó el científico.

—¿Por qué te llama el tipo de la pistola profesor...?

—Soy científico.

—¿Importante...?

Fue el tipo de la pistola quien respondió:

—Es el número uno en física nuclear. ¿No lo sabías, preciosa...?

Sirpa lo sabía de sobra, pero puso cara de sorpresa y exclamó:

—¡Un físico nuclear...!

Clinton, que no estaba dispuesto a dejarse secuestrar, disparó súbitamente la pierna y le dio una patada en la mano al fulano que esgrimía la pistola, logrando que el arma volara por los aires.

CAPITULO III

El tipo escupió una maldición, pero no tuvo tiempo de acabarla, porque Clinton Buckman se había arrojado sobre él como un tigre después de desarmarle.

El puño derecho del científico percutió duramente en la mandíbula del individuo que parecía el jefe del grupo, mandándolo irremisiblemente al suelo.

Los otros tres hombres, como era de esperar, atacaron al físico nuclear, dispuestos a reducirlo lo antes posible. Y quizá lo hubieran conseguido, porque eran demasiado para un hombre solo, pero Sirpa salió valientemente en defensa de Clinton y le pelea se equilibró.

Se equilibró, sí, pese a que Sirpa era una mujer, pues, para sorpresa de Clinton y de los propios secuestradores, la joven peleaba muy bien.

Se empleaba de una forma un tanto rara, eso sí, pero tremendamente efectiva, que era lo que importaba. Para empezar, saltó sobre uno de los tipos y, con las palmas de las manos, lo golpeó en ambas orejas a la vez.

El individuo tuvo la terrible sensación de que su cabeza estallaba y dio un chillido tremendo. Se llevó las manos a las orejas, temiendo que sus sesos estuvieran saliendo ya por allí. Y pensando, a la vez, que había perdido la facultad del habla, pues él sabía muy bien que había chillado, pero no había oído su voz.

Pero el fulano estaba equivocado.

No se había quedado mudo, sino sordo como una tapia, a causa de las palmadas recibidas en los oídos. Era, sin embargo, una sordera momentánea.

Sirpa, tras las palmadas en las orejas, le golpeó en la frente, con el canto de su mano derecha. Fue un golpe seco y duro, que obligó al sujeto a poner los ojos bizcos y derrumbarse como una pared.

Entretanto, Clinton Buckman le había asestado un zurdazo a uno de los tipos que le atacaran, enviándolo también al suelo, como al jefe del grupo.

No pudo evitar, sin embargo, que el otro individuo le atizara un puñetazo en el mentón y lo hiciera caer, pero se levantó al instante, dispuesto a seguir peleando.

El tipo que le golpeara no pudo atizarle de nuevo, porque Sirpa ya se estaba ocupando de él. La joven había proyectado los dedos de su mano derecha, juntos y rígidos como barritas de acero, sobre la garganta del individuo.

El fulano sintió un dolor insufrible y quiso gritar, pero se tuvo que conformar con abrir la boca como un caimán. No le salió la voz, porque el golpe parecía haber cercenado sus cuerdas vocales y le había dejado mudo.

Sólo por el momento, claro. Podría hablar dentro de unos minutos, igual que su compañero, el de las palmadas en las orejas, oír. Pero, como el tipo no sabía que su mudez era pasajera, se aterró y se agarró la garganta con ojos desorbitados.

Sirpa le atizó en la frente, con el canto de su mano izquierda, y el sujeto cayó todo de una pieza.

El jefe del grupo se estaba incorporando ya, furioso por haberse visto desarmado de una patada y por haber recibido un duro puñetazo, pero aún lo estaba más de ver que sus tres compañeros no habían sido capaces de dominar al físico nuclear y a su amiguita.

Después de maldecir como un corsario, ordenó:

—¡En pie, Kurt! ¡Arriba, Eric! ¡Levántate, Yanis!

Kurt no le oyó, porque era el tipo que recibiera las palmadas en las orejas y continuaba sordo como un muro. Eric si le oyó, pero no pudo contestarle, porque era el fulano que recibiera el extraño pero doloroso golpe en la garganta, y seguía mudo.

Yanis, como sólo había recibido un puñetazo del científico, fue el primero en levantarse.

—¡A ellos, Otto! —ladró, eligiendo a Sirpa, porque creía que sería más fácil de reducir que el físico nuclear, por aquello de ser mujer.

Y es que Yanis, claro, no había visto lo que la joven había hecho con Kurt y Eric. De haberlo presencia do, con toda seguridad hubiera atacado de nuevo al científico y le habría dejado a la peligrosa Sirpa a Otto.

Pero Yanis se dio cuenta en seguida de que había elegido mal, pues tan pronto como se aproximó a Sirpa, ésta levantó las manos y las descargó sobre sus hombros con increíble rapidez, asestándole un par de hachazos tremendos.

El tipo aulló de dolor.

¡Creía que le habían amputado los dos brazos!
¡No podía moverlos!
¡Los tenía como muertos!
—¡Otto…! —chilló, aterrado.
El jefe del grupo no pudo prestarle atención, porque ya se las estaba viendo con Clinton Buckman, quien, para ser un hombre de ciencia, manejaba sorprendentemente bien los puños.
Otto le había soltado un derechazo, pero Clinton supo esquivarlo con habilidad y respondió con un trallazo al pómulo, seguido de un puñetazo al hígado y otros dos al rostro.
El jefe del grupo, naturalmente, volvió a dar con sus huesos en el suelo, porque cuatro puñetazos eran muchos puñetazos.
Y Yanis le imitó al instante, porque Sirpa, tras el par de hachazos a los hombros, le asestó otro en el cuello, con el filo de su mano derecha, y lo obligó a desmoronarse.
Yanis hubiera querido tocarse la cabeza, para asegurarse de que la seguía teniendo unida al cuerpo, pues tenía la angustiosa sensación de que había sido decapitado.
No pudo comprobarlo, porque sus brazos continuaban como muertos. No se les sentía. Lo que sí sentía era un dolor espantoso en los hombros, como si los tuviera triturados.
Kurt, que ya empezaba a oír algo, se puso en pie con alguna dificultad, lo mismo que Eric, quien ya comenzaba a balbucear alguna cosa, porque su mudez estaba desapareciendo.
Como los dos le habían tomado miedo a Sirpa, prefirieron atacar a Clinton Buckman, pero de poco les sirvió, porque la joven saltó sobre ellos en cuanto vio que ambos iban por el científico.
Clinton ya tenía preparado el puño derecho, pero no tuvo necesidad de utilizarlo, porque Sirpa se bastó y se sobró para mandar nuevamente al suelo a la pareja de individuos.
A Kurt le atizó un patadón en el pecho y casi le saca la bota por la espalda. Naturalmente, el tipo bramó de dolor, convencido de que tenía más de la mitad de las costillas rotas. O, cuando menos, hundidas.
Eric no fue más afortunado que su compañero, pues recibió un par de hachazos en los costados y quedó paralizado a causa del dolor, que era irresistible.
Después, Sirpa le asestó otros dos hachazos, ahora en ambos

lados del cuello, y el tipo se derrumbó como un tabique, pensando que había sido guillotinado por partida doble.

Clinton bajó el puño, realmente admirado.

—Eres fantástica, Sirpa...

Ella le miró y sonrió.

—Tú también, Clinton.

—¿Quién te enseñó a pelear así...?

—Mi abuelita —respondió Sirpa, y se echó a reír.

Clinton rió también.

Otto, que no se sentía con ánimos de incorporarse y continuar la lucha, vio su pistola de rayos paralizantes a sólo un par de metros de él y gateó hacia ella.

Clinton lo descubrió y gritó:

—¡Cuidado, Sirpa!

El científico se iba ya hacia el jefe del grupo, cuando Sirpa extendió su brazo derecho hacia la pistola de rayos paralizantes y contrajo los dedos de la mano.

Otto estaba a punto ya de empuñar el arma, cuando ocurrió algo que le dejó absolutamente estupefacto. También Clinton se llenó de estupefacción, lo que le obligó a frenar su impulso y quedarse quieto, a unos tres metros todavía del jefe del grupo.

Ambos miraban la pistola con ojos agrandados.

¡Ya no estaba en el mismo sitio!

¡Se había desplazado súbitamente por el suelo, alejándose un par de metros de la mano de Otto!

¡Y se había desplazado sola...!

Eso parecía, al menos, pero la realidad es que la había desplazado Sirpa desde su posición, con el gesto de su mano, realmente extraño, como de bruja o de mago.

Otto, sin saber exactamente lo que había ocurrido, gateó de nuevo con rapidez hacia el arma, convencido de que si no lograba empuñarla, fracasarían en la misión que les había sido encomendada.

Y estuvo a punto de conseguirlo.

Desgraciadamente para él, cuando ya sus dedos rozaban la culata de la pistola, ésta patinó nuevamente por el suelo, impulsada por una fuerza invisible, y se distanció otro par de metros.

Otto, aterrado, miró a Sirpa, descubriendo que tenía el brazo

derecho extendido y los dedos de la mano extrañamente contraídos, así como un brillo acerado en los ojos.

Clinton miró también a la joven, como intuyendo que los misteriosos desplazamientos del arma tenían algo que ver con ella, aunque no lograba explicarse cómo lo hacía.

Sirpa estaba a varios metros de la pistola.

¿Cómo diablos podía moverla desde allí…?

Otto tampoco se lo explicaba, pero estaba seguro de que era cosa de ella. Y, como le asustaba todo aquello que era o parecía sobrenatural, se irguió de un salto y chilló:

—¡Larguémonos de aquí, muchachos! ¡La chica es una bruja…!

Kurt, Eric y Yanis se incorporaron como pudieron, asustados por las palabras de Otto, quien ya corría hacia la puerta, olvidándose de su pistola.

Salieron los cuatro de la casa, atropellándose materialmente unos a otros, lo que provocó la risa de Sirpa, quien exclamó:

—¡Les ha salido el tiro por la culata!

CAPITULO IV

Clinton Buckman no fue capaz de unir su risa a la de Sirpa, porque seguía estupefacto.

—¿Cómo lo has hecho...?

—¿El qué? —preguntó ella.

—La pistola se desplazó...

—Sí, por dos veces.

—Y la desplazaste tú, Sirpa.

—Así es. No podía permitir que el tipo la empuñara y nos amenazara con ella.

—¿Cómo pudiste mover el arma...?

La joven le guiñó el ojo.

—Magia, profesor.

—¿Blanca o negra?

—Amarilla.

Buckman emitió un gruñido.

—No me tomes el pelo, Sirpa.

La joven rió de nuevo y se le acercó. Después de echarle los brazos al cuello y pegar su cuerpo al de él, le dio un beso en los labios y dijo:

—Hicimos huir a los secuestradores, ¿no?

—Tú los hiciste huir.

—Los hicimos huir entre los dos, porque tú también peleas muy bien, Clinton.

—Pero no asusto a la gente moviendo objetos a distancia.

—Porque no eres mago, como yo.

—El tipo te llamó bruja.

—Bueno, quizá lo sea un poco. Lo importante es que los tipos no lograron secuestrarte.

—Sí, eso es verdad —sonrió Clinton, cercando con sus brazos la cintura femenina—. Y te lo debo a ti, Sirpa.

—No, yo me limité a echarte una mano.

—No seas modesta. De haberme pillado solo, los secuestradores me hubieran reducido fácilmente, porque eran cuatro. Yo no hubiera podido con todos. No soy ningún superhombre.

—Tampoco yo soy una supermujer.

—Pues peleas de una forma que incita a pensar que sí lo eres.

—Sé defenderme, eso es todo.

—Y mover los objetos a distancia, sin tocarlos, extendiendo simplemente el brazo y agarrotando los dedos de la mano.

—Magia, ya te lo dije.

—Sí, amarilla —repuso Clinton, y la besó.

Permanecieron así, con las bocas unidas, un par de minutos.

Después, el científico dijo:

—No debemos confiarnos, Sirpa. Los tipos pueden volver.

—¿Volver...?

—Sí.

La joven rió.

—No lo creo, Clinton. Se fueron demasiado asustados. Y demasiado molidos, también.

—De todos modos, creo que debo llamar a la policía.

—¿Para qué?

—He de informarles de que han intentado secuestrarme.

—Si lo haces, mandarán a varios agentes para que te protejan y nos estropearán el fin de semana. No será lo mismo si estamos vigilados por la policía que si estamos solos.

—Eso es verdad —reconoció el físico nuclear—, Pero...

—Yo quiero estar a solas contigo, Clinton —le interrumpió Sirpa, acariciándole la nuca.

—Yo deseo lo mismo, te lo aseguro.

—Entonces, olvídate de la policía.

—De acuerdo, no llamaré. Pero quiero recordarte que, estando conmigo, corres peligro.

—¿Yo...?

—Tú dices que los secuestradores no volverán, pero no podemos estar absolutamente seguros de eso. Y si vuelven, no será sólo con el propósito de atraparme y llevarme a ese lugar que no quisieron decirme. Su primer intento fracasó gracias a ti, y no te lo perdonarán. Querrán vengarse, Sirpa. Y me asusta pensar lo que esos hombres harían con una chica tan atractiva y tan deseable como tú.

Sirpa exhibió una maravillosa sonrisa.

—No quiero que te preocupes por mí, Clinton. Si los tipos vuelven, en contra de lo que yo pienso, se arrepentirán, porque les

daremos otra paliza. No nos atraparán a ninguno de los dos, puedes estar tranquilo. —Tú lo estás, ¿verdad?

—¿Tranquila?

—Sí.

—Absolutamente.

—Eres una chica valiente, no cabe duda.

—Valiente... y un poco hambrienta ya —confesó Sirpa.

Clinton rió.

—¡Me había olvidado por completo de la cena! —Te ayudaré a prepararla.

—De acuerdo. Pero antes...

—No es necesario que lo digas —le interrumpió la joven, y volvió a unir su boca a la de él.

* * *

Ranko Gurchenko contaba cuarenta años de edad. Era un hombre de elevada estatura, robusta complexión, y poderosos músculos. Tenía las facciones graníticas y llevaba el cráneo afeitado; en cambio, se había dejado crecer el bigote.

Y no poco.

Cómo sería el mostacho, que cuando Ranko besaba a una mujer le cepillaba la blusa. La raja bucal, desde luego, no se le veía. Quedaba sepultada por la espesa cortina de pelos.

Ranko Gurchenko paseaba por el lujoso salón, con una copa dorada en las manos. De vez en cuando, se detenía un momento y se llevaba la artística copa a los labios.

Bueno, a la cortina de pelos, para ser exactos.

El caso es que tomaba un sorbo de licor y después reanudaba el paseo, ataviado con una brillante túnica color cobre, con la que esperaba recibir al profesor Clinton Buckman, el joven y brillante físico nuclear, el genio de la Ciencia.

Sí, Ranko Gurchenko era el hombre que había planeado el secuestro del prestigioso científico. Otto, Kurt, Eric y Yanis trabajaban para él y habían ido a la casa de campo del profesor Buckman cumpliendo sus órdenes.

Y Ranko aguardaba, impaciente, el regreso de sus hombres.

Debían de estar al llegar.

Y llegaron.

Pero no con el físico nuclear, claro, sino solos y molidos a golpes, y con el miedo metido todavía en el cuerpo.

Ranko se alegró cuando los vio entrar en el salón, pero al fijarse en su aspecto adivinó que la cosa no había salido bien y borró al instante la alegría de su cara.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el profesor Buckman…?

Otto se tocó el mentón, en donde lucía un manchón azulado, ocasionado por los duros puños del científico, y dijo:

—Tuvimos problemas, jefe.

Ranko sintió deseos de arrojarle la dorada copa a la cara, pero, por el momento, se contuvo.

—¿Qué clase de problemas?

—El científico no estaba solo, jefe.

—¿No…?

—Había una chica en la casa. Una chica joven y hermosa, pero peligrosa. Por su culpa fracasamos, jefe.

Ranko dilató los ojos.

—¿Que una mujer os hizo fracasar, dices…?

—Ya le he dicho que era muy peligrosa, jefe. Pelea de una forma increíble. Dejó sordo a Kurt, mudo a Eric, y le trituró los hombros a Yanis. Y luego casi los decapita. Todavía están mareados los tres. Se tienen en pie de milagro.

Ranko apretó la copa con rabia.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo!

—Es la verdad, jefe —corroboró Kurt.

—¿Pero tú no estabas sordo…?

—Ya puedo oír, jefe —carraspeó el tipo.

—La chica era un demonio, de veras —habló Eric.

Ranko clavó furiosos ojos en él.

—¿Tú no estabas mudo…?

—Ya puedo hablar, jefe —carraspeó también Eric.

Ranko miró a Yanis.

—Y tú ya no tienes los hombros triturados, ¿verdad?

—Me siguen doliendo mucho, jefe. Apenas puedo mover los brazos. Casi no los siento.

Ranko Gurchenko no pudo contener su furia por más tiempo y le arrojó la copa a la cabeza, con tan buena puntería, que se la estrelló en la frente.

—¡A ver si sientes eso! —rugió.

Yanis dio un grito y se llevó las manos a la frente.

—¡Qué copazo, madre!

—Conque no podías mover los brazos, ¿eh? —relinchó Ranko—. ¡Te voy a deslomar a golpes!

—¡No, jefe! —suplicó Yanis, retrocediendo.

—¡Os voy a machacar a los cuatro por mentirosos, por estúpidos, y por inútiles!

Otto, Kurt y Eric retrocedieron también, asustados.

—¡Le hemos contado la pura verdad, jefe! —aseguró el primero.

—¡Dile lo de los desplazamientos de la pistola, Otto! —pidió Kurt.

—¡Sí, explícale que la chica es una bruja! —añadió Eric.

Ranko se detuvo al oír lo de la bruja.

—¿Que la chica es qué...?

CAPITULO V

Otto le contó a su jefe lo que pasó las dos veces que él intentó recuperar la pistola de rayos paralizantes, para usarla contra el profesor Buckman y su peligrosa amiga.

Le explicó, también, que la chica tenía el brazo derecho extendido hacia el arma, los dedos de la mano extrañamente contraídos, la mirada brillante, acerada...

—Si la hubiera visto usted, jefe, se le habrían puesto los pelos de punta —aseguró Otto—. No los de la cabeza, claro, porque la lleva afeitada, pero sí los del cuerpo. Era la expresión y el gesto de alguien que tiene poderes sobrenaturales, demoníacos, satánicos... Por eso digo que la chica es una bruja.

Ranko Gurchenko entornó los ojos.

—¿Seguro que no había atado antes un hilo al cañón de la pistola...?

Otto soltó una carcajada.

—¡Un hilo, dice...!

Ranko le soltó una sonora bofetada.

—¡Sí, un hilo, digo! —ladró.

Otto había dejado de reír, claro.

—No había ningún hilo, jefe. La chica no se acercó

en ningún momento a la pistola. La desplazó haciendo uso de sus poderes —insistió.

—Sobrenaturales, ¿eh?

—Sí, jefe.

—Y vosotros cuatro, al ver que el arma se desplazaba sola, huisteis despavoridos.

Otto carraspeó.

—Bueno, habíamos recibido muchos golpes, no podíamos continuar la lucha... Necesitábamos la pistola para dominar al científico y a su amiga. Y al ver que era imposible recuperarla...

—¿Sabéis cómo se llama la chica?

—Chispa, jefe.

Ranko lo abofeteó de nuevo.

—¡Chispas las que mis manos van a hacer saltar de tu cara!

Otto tosió.

—Lo siento, jefe, pero me pareció oír que el científico la llamaba así...

—¡Ninguna mujer puede llamarse Chispa, estúpido! —rugió Ranko, con ganas de cruzarle la cara otra vez.

—Perdón, jefe —carraspeó Kurt—, Creo que la chica se llama Arpa.

—¡De eso tienes cara tú, de arpa! —bramó Ranko, y la bofetada se la dio a él.

Eric fue a hablar, pero no se atrevió en vista del generoso reparto de tortas. Por desgracia para él, Ranko se dio cuenta y ladró:

—¿Qué ibas a decir tú?

—Nada, jefe.

—¡Habla, maldita sea! —barbotó Ranko, y le estrelló su dura mano en la mejilla.

Eric, como ya había «cobrado», se atrevió a decir:

—Me parece que la chica se llama Sirpa.

—¿Sirpa…?

—Sí, creo que así la llamó el profesor Buckman.

—¡Eso, Sirpa! —exclamó Otto—. Yo dije Chispa, que es muy parecido.

—Más se parece Arpa a Sirpa —dijo Kurt—. Pero creo que el nombre de la chica es Sirpa, sí.

—Sí, jefe —habló Yanis—. La bruja se llama Sirpa.

—Pues es un nombre que no me suena de nada… —rezongó Ranko.

—Es bastante raro, sí —dijo Otto.

—Por menos no conseguíamos recordarlo —añadió Kurt.

—Menos mal que yo… —sonrió Eric.

—¡No me gustan los presuntuosos! —ladró Ranko, y le cruzó la cara de nuevo.

«¿Por qué no me habré mordido la lengua?», pensó Kurt.

Nadie volvió a hablar, en vista de que el reparto de guantazos no había terminado todavía.

Ranko Gurchenko, tras algo más de un minuto de silencio, dijo:

—Vais a volver a la casa de campo del profesor Buckman.

Otto, Kurt, Eric y Yanis se estremecieron, pero ninguno de los cuatro se atrevió a despegar los labios.

—Quiero al científico. Y quiero, también, a esa tal Sirpa. Deseo que me haga una demostración de sus poderes, para saber si son realmente sobrenaturales o son simples trucos de magia. Y quizá

luche con ella, para demostraros que con poderes o sin poderes, un hombre debe vencer siempre a una mujer. Un hombre de verdad, claro está, no cuatro mequetrefes como vosotros.

Otto, Kurt, Eric y Yanis se sintieron avergonzados, pero no replicaron a su jefe.

—¡Vamos, id por ellos! —ordenó Ranko.

—¿Y si el científico ha avisado a la policía...? —observó Otto, con evidente temor, pues sabía que podía ganarse una nueva bofetada.

—Estando con una amiga, no creo que lo haya hecho —repuso Ranko, sin enfadarse esta vez—. La policía insistiría en darle protección y les estropearía el fin de semana, al acabar con su intimidad. Además, como vosotros huisteis como ratas asustadas, el profesor y la chica deben pensar que no volveréis por allí, así que no necesitan la protección de la policía. El científico no informará del intento de secuestro hasta que regrese a Washington, lo cual no será hasta mañana por la noche. Pero no regresará, porque lo tendremos cautivo aquí, lo mismo que a su joven y bella amiga. ¡Vamos, moveos! —apremió, empujándolos.

Otto, Kurt, Eric y Yanis salieron del salón, también de la casa, y subieron al helimóvil, que permanecía posado frente a ella. Otto puso el motor en marcha, hizo que el aparato se elevara, y lo dirigió hacia la casa de campo del físico nuclear.

* * *

Clinton y Sirpa habían terminado ya de cenar y estaban tomando café, sentados en el sofá.

—La cena estaba deliciosa, ¿verdad? —comentó ella.

—Como todas las que yo preparo —repuso él, con deliberada inmodestia.

—¡Eh!, que yo te ayudé —recordó Sirpa.

—Sí, pero el jefe de cocina era yo. Tú eras una simple colaboradora.

—¡Serás presuntuoso...!

El científico rió y le dió un beso.

—No te enfades, preciosa. Lo he hecho para picarte.

—Yo jamás podría enfadarme contigo, Clinton —repuso ella, sonriéndole amorosamente.

—Pues yo sí me enfadaré contigo como no me digas quién te enseñó a mover los objetos sin tocarlos.

—Mi abuelita.

—La misa que te enseñó a pelear tan bien, ¿eh?

—Exacto.

—Grandísima embustera...

Sirpa rió.

—Si te dijera la verdad, no me creerías.

—¿Por qué?

—Te parecería más mentira que lo de mi abuelita.

—Puede que no.

—Prefiero que hablemos de ti, Clinton. ¿De verdad eres el número uno en el campo de la física nuclear...?

—Eso dicen, pero yo no hago mucho caso. Prefiero seguir trabajando tranquilo, sin pensar en números.

—Y yo que te llamé presuntuoso hace un momento...

—No lo soy. Nunca lo he sido. Y creo que nunca lo seré. Soy un tipo sencillo y me gustan las cosas sencillas.

—También te gusto yo.

—Desde luego.

—¿Más, igual, o menos que las mujeres que has conocido antes...?

—Más, mucho más.

Sirpa le besó y sugirió:

—¿Nos acostamos, cariño?

El científico consultó su reloj.

—Es pronto todavía.

—Tu respuesta es muy poco galante, ¿sabes? Me hace pensar que no sientes demasiados deseos de hacer el amor conmigo.

—Me muero de ganas, te lo aseguro.

—¿Entonces...?

—Sigo pensando que los secuestradores pueden volver. Y no me gustaría que nos sorprendieran en la cama.

Sirpa sonrió.

—Conque es eso, ¿eh?

—Sí.

—Tomamos precauciones antes de empezar a cenar, Clinton. Echamos el cerrojo a la puerta, cerramos las ventanas, y tenemos a

mano la pistola del tipo que daba las órdenes.

Era cierto.

El arma descansaba sobre la pequeña mesa que había frente al sofá.

El físico nuclear, tras unos segundos de duda, dijo:

—Creo que debemos esperar un poco más, Sirpa.

—Está bien, no quiero darte prisas —suspiró la joven—, Pero será perder el tiempo, ya verás, porque los tipos no volverán.

—Bueno, perder el tiempo… —repuso Clinton, abrazándola.

Un par de segundos después se estaban besando.

La mano del científico no tardó en deslizarse hacia el cierre del traje de Sirpa. Lo hizo descender hasta casi la cintura y luego acarició sus bellos senos con delicadeza.

Sirpa se estremeció de placer y, separando su boca de la de él, dijo:

—No quería darte prisas, pero…

Clinton sonrió.

—¿Sabes lo que te digo, Sirpa?

—¿Qué?

—¡Al diablo con los secuestradores!

—¡Bravo! —se alegró ella.

Clinton se puso en pie, la cogió en brazos, y dijo:

—Nos vamos a la cama, Sirpa.

CAPITULO VI

Otto posó el helimóvil a una cierta distancia de la casa de campo de Clinton Buckman, como la otra vez, para evitar que el ruido del motor fuera detectado por el científico.

En el aparato, los hombres de Ranko Gurchenko llevaban algunas armas de diverso poderío. La vez anterior sólo tomaron una pistola de rayos paralizantes porque pensaban que les bastaría y les sobraría con ella para secuestrar al profesor Buckman, al que, por otra parte, no debían causar daño alguno, porque su jefe lo quería totalmente ileso.

En esta ocasión, las circunstancias eran parecidas, puesto que Ranko Gurchenko quería también totalmente ilesa a Sirpa, la peligrosa amiga del físico nuclear, así que tampoco podían empuñar armas destructivas, sino simplemente paralizantes.

Pero, como ahora se trataba de secuestrar a dos personas en vez de una, y esas dos personas, además, habían demostrado ya que no se chupaban el dedo, Otto ordenó que cada cual tomara una pistola o un fusil de rayos paralizantes.

Esta vez tenían que actuar con las máximas precauciones, porque no podían fracasar de nuevo. Si regresaban a la casa de Ranko Gurchenko sin el científico y su amiga, su jefe era capaz de matarlos a golpes en un arrebato de furia.

Otto, Kurt, Eric y Yanis descendieron del helimóvil, los dos primeros armados con sendas pistolas y los otros dos con sendos fusiles, igualmente de rayos paralizantes.

—Sin ruido, ¿eh, muchachos? —dijo Otto.

Sus compañeros asintieron con leves movimientos de testa.

—Vamos.

Se pusieron los cuatro en marcha.

Habían comprobado ya, desde el aire, que frente a la casa del científico sólo se hallaba posado el helimóvil de éste, que la ausencia de vehículos de la policía de Washington era total, lo que venía a confirmar las palabras de Ranko Gurchenko en el sentido de que el físico nuclear no habría informado a la policía del intento de secuestro que sufriera.

Por esa parte, Otto y sus compañeros se sentían tranquilos, pero por la otra... Les asustaba, y mucho, enfrentarse de nuevo a la bruja de Sirpa, por si volvía a molerlos a golpes y, encima, hacía uso de

sus sobrenaturales poderes.
Otto, por fortuna, no recibió ningún golpe de Sirpa, pero sí varios puñetazos de Clinton Buckman. Y tenía que reconocer que, para ser un hombre de ciencia, el físico nuclear golpeaba a conciencia, como lo demostraban las señales que ofrecía su rostro, causadas por los duros nudillos del científico.
Con paso cauteloso y procurando ahogar las pisadas, los hombres de Ranko Gurchenko alcanzaron la casa del profesor Buckman. Las luces permanecían encendidas, lo que parecía indicar que el científico y su amiga no se habían acostado todavía.
Otto ordenó con el gesto a sus compañeros que se detuvieran y él se aproximó silenciosamente a una de las ventanas, para espiar por ella.
Y lo hizo.
Justo en el instante en que él miraba, asomando apenas la cabeza, Clinton Buckman se levantaba del sofá y tomaba en brazos a Sirpa, para llevarla al dormitorio.
Otto descubrió la pistola de rayos paralizantes sobre la mesa y se alegró, pensando que el científico y su amiga la iban a dejar allí, pero se equivocó. A través del cristal de la ventana, oyó decir al físico nuclear:
—Coge la pistola, Sirpa.
La joven, que ya le había pasado los brazos por el cuello y se disponía a besarle, alargó el izquierdo y tomó el arma, preguntando en tono irónico:
—¿Piensas paralizarme, Clinton...?
—No, prefiero ver tu cuerpo en movimiento.
—Si me paralizaras, podrías hacer conmigo lo que quisieras.
—Lo pienso hacer de todas formas —repuso Clinton.
Sirpa rió.
—Eres un granuja, profesor, pero te adoro —dijo, y pegó su boca a la de él.
El científico echó a andar hacia el dormitorio, con ella en brazos y sin interrumpir el beso.
Otto los siguió con la mirada hasta que entraron en el dormitorio.
Entonces, se volvió hacia sus compañeros y les ordenó que se acercaran. Lo hizo mudamente, utilizando la mano.

Kurt, Eric y Yanis se aproximaron, silenciosos.

Otto, en tono bajo, informó:

—Acaban de entrar en el dormitorio. Y lo han hecho con la pistola de rayos paralizantes.

—Eso demuestra que no descartan la posibilidad de un nuevo intento de secuestro —repuso quedamente Kurt.

—Efectivamente —asintió Otto.

—Creo que debemos esperar a que se duerman —opinó Eric—. Nos será más fácil sorprenderles.

—Estoy de acuerdo —habló Yanis—. Si los pillamos dormidos, correremos menos riesgos.

Otto meneó la cabeza.

—Tendríamos que esperar demasiado. Y el jefe no tiene tanta paciencia.

—¿Cómo sabes que tardarán mucho en dormirse? —preguntó Kurt.

Otto lo miró.

—¿Te dormirías pronto tú, si tuvieras a tu lado una hembra como la Sirpa esa...?

—Creo que no —suspiró Kurt.

—El científico disfrutará todo lo que pueda. Y su amiga también, así que pueden tardar horas en dormirse —rezongó Otto—. Tenemos que actuar ahora.

—De acuerdo, entremos —dijo Eric.

—No creo que podamos hacerlo por la puerta, como la otra vez. Habrán echado el cerrojo. Tendremos que forzar una de las ventanas —explicó Otto.

—Nos oirán —dijo Yanis—. Y si dejamos de contar con el factor sorpresa...

—Esta ventana está bastante alejada del dormitorio. No creo que nos oigan, a menos que hagamos un ruido excesivo.

—Está bien, intentémoslo —gruñó Eric.

El propio Otto se encargó de forzar la ventana con el máximo cuidado, mientras sus compañeros vigilaban la puerta del dormitorio, que Clinton Buckman no se había molestado en cerrar.

Y no fue por olvido, sino para poder oír mejor cualquier ruido que se produjera en la casa, porque el científico, a pesar de todo, seguía pensando que los secuestradores podían volver.

Otto consiguió forzar la ventana, sin apenas ruido.

—Ya está, muchachos —dijo, con voz susurrante.

—Parece que no nos han oído —habló Kurt, en el mismo tono.

—Ya os lo dije. Ahora, colémonos en silencio y que nadie hable hasta que tengamos paralizados al científico y su amiga. Les dispararemos desde el umbral del dormitorio, sin darles tiempo a nada. Sólo así conseguiremos atraparlos.

Kurt, Eric y Yanis asintieron con la cabeza.

Otto se introdujo sigilosamente por la ventana, siendo imitado por sus compañeros. Después, avanzaron los cuatro hacia el dormitorio ahogando el contacto de sus botas con el suelo y con las armas prestas, por si Clinton y Sirpa salían inesperadamente del dormitorio.

Pero parecía que no iba a ser así, porque oían sus voces y sus risas quedas, pruebas inequívocas de que no sospechaban que estaban a punto de verse sorprendidos de nuevo.

Los secuestradores alcanzaron la puerta del dormitorio silenciosos como gatos y, a una muda indicación de Otto, irrumpieron los cuatro en él, con las armas por delante.

Clinton y Sirpa yacían ya sobre la cama, aunque no completamente desnudos, pues conservaban todavía sus respectivos slips. Claro que el de Sirpa era tan diminuto, que casi no se vislumbraba...

Se estaban besando y acariciando mutuamente, entre frases amorosas.

La pistola de rayos paralizantes descansaba sobre la mesilla de noche, pero Clinton no tuvo tiempo de empuñarla y hacer uso de ella, como tampoco lo tuvo Sirpa de recurrir a sus misteriosos poderes, porque las armas de los secuestradores entraron en acción inmediatamente.

Hubiera bastado con que Clinton y Sirpa recibieran sendos rayos para quedar totalmente paralizados durante unos quince minutos, pero recibieron varios rayos cada uno, por lo que su inmovilidad absoluta se prolongaría mucho más tiempo.

De cualquier modo, habían sido atrapados.

Y nada bueno podía esperar ninguno de los dos de un hombre como Ranko Gurchenko.

* * *

Otto y sus compañeros saltaron de alegría al ver totalmente paralizados al científico y a su amiga.

—¡Lo hemos conseguido, muchachos! —exclamó el jefe del grupo.

—¡Ya son nuestros! —dijo Kurt.

—¡Esta vez no les hemos dado tiempo a reaccionar! —gritó Eric.

—¡Estaban demasiado entusiasmados besándose y acariciándose! —rió Yanis.

Los secuestradores se acercaron a la cama.

Clinton y Sirpa tenían los ojos cerrados, pues los rayos paralizantes, además de inmovilizar, sumían a quienes los recibían en un profundo estado de inconsciencia.

Otto y sus compañeros, claro, se fijaron mucho más en Sirpa que en el científico. Se sintieron dominados por el deseo, pero como su jefe tenía interés por la chica, se limitaron a contemplar su maravilloso cuerpo.

—Tendremos que vestirlos, antes de atarlos —dijo Otto.

—¿Por qué no se los llevamos al jefe así…? —sugirió Kurt.

Otto rió y apremió:

—¡Vamos, traed sus ropas! ¡No hay tiempo que perder!

CAPITULO VII

Clinton y Sirpa estaban vestidos ya. Y calzados también, porque los secuestradores no habían olvidado colocarles las botas. Sólo faltaba atarles las manos a la espalda, pero los tipos estaban preparando ya sendos pedazos de cuerda.

—Venga, rápido —apremió de nuevo Otto—, Me gustaría hallarme ya en presencia del jefe cuando el científico y la chica vuelvan a la normalidad.

—Me temo que recobrarán la movilidad antes, Otto —vaticinó Kurt.

—Pues, por si acaso, vendadle los ojos a la chica. No quiero que nos haga ninguna demostración de brujería con ellos.

—Buena idea, Otto —aprobó Eric.

—Ya me encargo de vendárselos —dijo Yanis, sacando un pañuelo del bolsillo.

Poco después, Clinton y Sirpa estaban atados, y ésta con los ojos cubiertos.

—Cargad dos de vosotros con el científico. Y el otro, con la chica —ordenó Otto.

Kurt y Eric cargaron con el físico nuclear, agarrándolo uno por las piernas y el otro por las axilas. Yanis se ocupó de Sirpa, echándosela sobre su hombro izquierdo.

—Larguémonos, muchachos —dijo Otto, y fue el primero en salir del dormitorio.

Kurt, Eric y Yanis le siguieron.

Otto alcanzó la puerta, descorrió el cerrojo, y abrió. Después de echar una ojeada al exterior, para asegurarse de que no corrían ningún peligro, indicó:

—Afuera, muchachos.

Kurt, Eric y Yanis salieron de la casa, cuya puerta cerró Otto.

Yanis, con disimulo, posó su mano derecha sobre el redondeado trasero se Sirpa y se lo oprimió. Por desgracia para él, Otto se dio cuenta y le atizó un puntapié entre nalga y nalga.

—¡No te distraigas, estúpido!

Yanis dio un grito y arqueó el cuerpo, al tiempo que retiraba la mano del trasero de Sirpa y se agarraba el suyo.

—¿Por qué me has dado una patada en el culo, Otto...?

—¡Porque estabas tocando el de la chica!

Yanis carraspeó.

—Sólo trataba de centrármela bien sobre el hombro…

—¡Y un cuerno!

Yanis no replicó esta vez, por temor a ganarse otro puntapié en el trasero.

—¡Vamos, caminad! —barbotó Otto—, Tendríamos que estar ya en el helimóvil.

Kurt, Eric y Yanis se movieron más de prisa.

Tres minutos después, subían al helimóvil, un modelo amplio, en el que podían viajar hasta seis personas cómodamente. Sirpa fue colocada en el asiento trasero, entre Yanis y Eric, mientras que Clinton Buckman fue instalado en el asiento delantero, entre Otto y Kurt.

Otto puso el motor en funcionamiento y las hélices empezaron a girar, ganando rápidamente velocidad. Segundos después, el aparato se elevaba y volaba en dirección a la casa de Ranko Gurchenko.

* * *

Faltaban todavía unos diez minutos para llegar, cuando Clinton Buckman levantó la cabeza y abrió los ojos, descubriendo que viajaba en un helimóvil y que se hallaba flanqueado por dos de los secuestradores, así como que tenía las manos atadas a la espalda.

Kurt esbozó una sonrisa burlona.

—Hola, profesor.

—¡Sirpa! —exclamó Clinton, temiendo por la vida de la joven.

Otto desgranó una risita.

—Tranquilo, profesor. La bruja de su amiga viaja en el asiento de atrás.

Clinton volvió la cabeza y comprobó que, efectivamente, Sirpa viajaba también en el helimóvil, custodiada por la otra pareja de secuestradores. Le tranquilizó al verla vestida, como él, pues recordaba muy bien que ambos habían sido sorprendidos en la cama, prácticamente desnudos. Lo que le extrañó fue que a Sirpa le hubiesen vendado los ojos y a él no.

—¿Por qué lleva los ojos vendados? —preguntó.

—Pura precaución —respondió Otto—. No nos fiamos de su mirada de bruja.

—Sirpa no es una bruja.

—Tiene extraños poderes, profesor Buckman, y usted lo sabe. Vio, tan bien como yo, cómo desplazaba la pistola sin tocarla, desde varios metros de distancia. ¿Cómo lo hizo, profesor…?

Clinton no pudo responder, porque no lo sabía.

—Está inconsciente, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, pero no tardará en recobrarse —respondió Otto.

—¿Le hicisteis algo…?

—Nada.

—¿Seguro?

—Le doy mi palabra, profesor. Nos limitamos a vestirla, como a usted.

—Espero, por vuestro bien, que así sea.

—No la tocamos, se lo juro. Aunque no fue por falta de ganas, debo confesarlo. Estaba tan tentadora así, prácticamente desnuda… Pero el jefe se ha interesado por ella y…

—¿El jefe? ¿Qué jefe?

—El nuestro. El planeó su secuestro, profesor.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Qué espera conseguir con mi secuestro?

—Lo sabrá cuando lleguemos, profesor. Y falta ya muy poco.

Clinton iba a insistir, cuando oyó exclamar a Yanis:

—¡La bruja se está recobrando, Otto!

* * *

Era cierto.

Sirpa estaba volviendo en sí.

Los secuestradores, pese a que la joven tenía las manos atadas a la espalda y los ojos vendados, se sintieron muy tranquilos.

—Vigiladla atentamente, muchachos —dijo Otto—, Y si intenta algo, paralizadla de nuevo.

—Entendido —respondió Eric.

Sirpa, sin embargo, se limitó a levantar la cabeza. Y, pese a tener los ojos cubiertos, pareció mirar al científico, quien había vuelto nuevamente la cabeza.

—¿Clinton…?

—Estoy aquí, Sirpa. En el asiento delantero del helimóvil de los secuestradores.

—¿Estás bien?

—Sí, pero tengo las manos atadas, como tú.
—Ya lo supongo.
—¿Cómo te sientes tú, Sirpa?
—Bien.
—Estás vestida.
—Lo sé. Noto el contacto del traje en mi piel.
—Los tipos no te tocaron.
—¿Cómo lo sabes?
—Me lo han asegurado.
—¿Y tú te fías de la palabra de estos indeseables...?
—No, pero creo que dijeron la verdad.
—Mejor para ellos, porque si averiguo que se aprovecharon de mi desnudez y de mi estado de inconsciencia, haré uso de mis poderes y los convertiré a los cuatro en monos.

Las últimas palabras de Sirpa, pronunciadas con una frialdad escalofriante, causaron sendos y profundos estremecimientos entre los secuestradores.

Hasta el propio Clinton se estremeció, porque eso de convertir a los tipos en monos...

Otto ya se veía saltando por los árboles de rama en rama.

Y Kurt, comiendo cacahuetes.

Eric, plátanos.

Y Yanis se veía todo lleno de pelos.

Otto, tembloroso, dijo:

—Te juro por mi madre que no cometimos ningún abuso contigo, Sirpa.

—Espero que sea cierto, porque si no, ya os veo a los cuatro encerrados en una jaula —repuso la joven.

Los secuestradores volvieron a estremecerse, pero no dijeron nada más, porque habían llegado a la casa de Ranko Gurchenko.

* * *

Clinton Buckman pudo ver que la casa era grande, moderna, lujosa.

Y pudo ver, también, que había varios hombres vigilándola, todos ellos armados con fusiles.

Otto posó el helimóvil frente e la hermosa casa, perfectamente iluminada, y paró el motor. Segundos después, descendían todos del

aparato, Clinton ayudado por Kurt y Sirpa por Yanis y Eric.

Sirpa, a pesar de llevar los ojos cubiertos, no dio un solo traspié.

Era curioso, pero parecía ver a través del pañuelo que le colocara Yanis. Al menos, ésa era la impresión que daba.

Clinton y Sirpa fueron introducidos en la casa por sus secuestradores y conducidos al salón, en donde seguia esperando Ranko Gurchenko, cada vez más impaciente.

Cuando Ranko vio que sus hombres sí le traían esta vez al famoso físico nuclear, y también a Sirpa, su peligrosa amiga, se pasó la lengua por el mostacho y exclamó:

—¡Bravo, muchachos!

CAPITULO VIII

Clinton Buckman observó al hombre que había planeado su secuestro, resultándole absolutamente desconocido. Era la primera vez que veía aquel cráneo afeitado, aquellos ojos duros, y aquel enorme bigote, que cubría totalmente la boca.

Sirpa también pareció observarle a través del pañuelo que cubría sus ojos, aunque Ranko Gurchenko no reparó en ese detalle. Estaba pendiente de otros detalles, como por ejemplo los pronunciados relieves del cuerpo femenino, que no tenía desperdicio en opinión de Ranko, quien de mujeres entendía lo suyo.

—No sabía que tuviera tan buen gusto para elegir compañía femenina, profesor Buckman —dijo, con una sonrisa que pasó totalmente inadvertida por culpa del bigotazo.

—¿Quién es usted? —preguntó Clinton, serio.

—Ranko Gurchenko, para servirle.

—¿Por qué ordenó mi secuestro?

—Quiero que trabaje para mí, profesor Buckman.

—¿Trabajar para usted...?

—Sí, única y exclusivamente para mí.

—¡Está loco!

—Le pagaré bien, profesor Buckman. Tan bien, que amontonará rápidamente los millones. Es lo que se me rece un hombre tan inteligente como usted, el número uno en el campo de la física nuclear, un genio indiscutible.

—Agradezco mucho sus elogios, señor Gurchenko. Y también que desee mostrarse tan generoso conmigo. Pero yo no puedo trabajar para usted, compréndalo.

—¿Por qué?

—Trabajo para el Gobierno, y me consta que usted lo sabe.

—Naturalmente que lo sé —sonrió Ranko—, Pero el Gobierno no le paga como se merece, no sabe premiar su valía. Trabajando para mi tendrá todo cuanto desee. Dinero, placeres, hermosas mujeres... Tantas, que podrá formar un harén.

—Tengo suficiente con Sirpa.

La joven distendió los labios en una sonrisa.

—Gracias, Clinton.

—De nada.

Ranko rió.

—¿Está enamorado de Sirpa, profesor...?

—Creo que sí.

—Disculpe, pero no lo sabía. Creí que era simple mente la chica de este fin de semana.

—No, es mucho más serio.

—Bueno, en tal caso, puede usted quedarse con Sirpa. No tengo por qué oponerme a ello.

—Por supuesto que no. No es usted su padre, señor Gurchenko —replicó Clinton.

Ranko se atusó el mostacho.

—Volviendo a lo de su trabajo, profesor...

—Sobre eso no hay más que hablar —le atajó Clinton—. Trabajo para el Gobierno y seguiré trabajando para él, aunque usted me ofrezca el planeta entero.

Ranko movió su pelada cabeza.

—Veo que no lo entiende, profesor Buckman. Se halla usted en mi poder y no tiene elección. Ya no podrá trabajar para el Gobierno, porque yo no le dejaré salir de esta casa. Tendrá que trabajar forzosamente para mí.

—Me niego rotundamente. Podrá tenerme cautivo en su casa, si no encuentro la manera de escapar, pero no podrá obligarme a trabajar para usted.

Los ojos de Ranko despidieron un centelleo.

—¿Está seguro de eso, profesor...?

—Absolutamente.

—Bien, más tarde lo discutiremos. Ahora quiero ocuparme de su amiga Sirpa...

—No se atreva a tocarla, señor Gurchenko.

—Tranquilo, no es ésa mi intención. Sólo quiero averiguar si realmente tiene poderes sobrenaturales, como afirman mis hombres, o son solamente trucos.

Ranko se acercó a Sirpa y le quitó el pañuelo que cubría sus ojos.

Otto, Kurt, Eric y Yanis se pusieron nerviosos.

—¡Cuidado, jefe! —exclamó el primero—, ¡Puede convertirle en mono!

—¿Qué...?
—¡Eso dijo que haría con nosotros! ¡Convertirnos a los cuatro en monos!
Ranko Gurchenko rompió a reír.
—¡Es lo más gracioso que he oído en mi vida!
—No se lo tome a broma, jefe —intervino Kurt—, La chica es muy capaz de cumplir su amenaza.
—No es necesario que os convierta en monos. ¿Y sabéis por qué...?
Los tipos se miraron entre sí, callados.
—¡Porque ya lo sois! —exclamó Ranko, y dejó oír de nuevo su bronca risa.
Sirpa, muy serena, dijo:
—No se burle de sus hombres, señor Gurchenko, o le convertiré en chimpancé para que sean ellos los que se burlen de usted.
—¡Por favor! —siguió riendo Ranko.
—No me cree, ¿eh?
—¡Naturalmente que no! Que puedas mover un objeto sin tocarlo, pase, pero convertir a un hombre en chimpancé...
—Desáteme y se lo demostraré.
Otto y sus compañeros se asustaron.
—¡No, jefe!
—¡No la suelte!
—¡Se arrepentirá, jefe!
—¡Con las manos libres no es una mujer, es un demonio!
Ranko los abofeteó a los cuatro con la mirada.
—¡Silencio, estúpidos!
Los tipos no se atrevieron a decir nada más, pero se veían pálidos y temblorosos.
Ranko volvió a encararse con Sirpa.
—Así que quieres transformarme en un chimpancé, ¿eh?
—Puedo hacerlo, se lo aseguro.
—¿Reconoces, entonces, que eres una bruja...?
—No, no soy una bruja.
—¿Trucos de magia...?
—Tampoco.
—¿De dónde proceden tus poderes, pues...?
—De Zombo.

Ranko entrecerró los ojos.
—¿De Zombo, dices...?
—Sí.
—¿Quién es Zombo?
—Es el nombre de mi planeta.
Ranko no pudo reprimir un respingo.
—¿Tu planeta...?
—Sí, yo no pertenezco a la Tierra. Procedo de Zombo —aseguró la joven, con la mayor naturalidad.

* * *

Clinton Buckman se había quedado prácticamente boquiabierto.
Miraba a Sirpa con los ojos muy abiertos.
Ella le miró a su vez y le guiñó fugazmente uno de los suyos, al tiempo que esbozaba una sonrisa.
Otto, Kurt, Eric y Yanis estaban mucho más asustados que antes, y no sabían disimularlo.
—¡Es una extraterrestre...!
—¡Un ser de otro mundo...!
—¡Por eso tiene poderes sobrenaturales...!
—¡Nos destruirá a todos...!
Ranko Gurchenko reaccionó y rugió:
—¡Cerrad el pico, comadrejas! ¿Es que nos os dais cuenta de que la chica nos está tomando el pelo...? ¡Sólo trata de asustarnos! ¡Ni es extraterrestre, ni pro cede de ningún planeta, ni tiene poderes sobrenaturales, ni tiene nada!
Sirpa sonrió burlonamente.
—¿Está seguro, señor Gurchenko...?
Ranko la agarró por los hombros, con brusquedad y se los apretó con fuerza.
—¡Y no soy tan estúpido ni tan asustadizo como ellos, preciosa!
—¿Y por qué no me suelta las manos, siendo tan valiente como asegura que es...?
—¡Te voy a soltar en seguida! ¡Y voy a luchar contigo!
—¿Luchar...?
—¡Vapuleaste a mis hombres porque son unos torpes, pero yo soy más fuerte que ellos y mucho más diestro!
—¿De veras?

—¡Te voy a dar una lección, Sirpa! ¡Y cuando ya no puedas más, te haré confesar la verdad! ¡De mí no se ríe nadie! ¡Y mucho menos, una mujer!

—Desáteme ya, señor Gurchenko —pidió la joven, la mar de tranquila.

Ranko le hizo dar la vuelta, bruscamente, y le soltó las manos.

Otto, Kurt, Eric y Yanis estuvieron a punto de suplicarle que no lo hiciera, pero no se atrevieron, temerosos de que su jefe descargara su cólera sobre ellos.

En cuanto desató a Sirpa, Ranko retrocedió unos pasos y se despojó rápidamente de la brillante túnica color cobre, quedando en slip. Así lucharía más cómodamente.

Pero no se había quitado la túnica sólo por eso.

Quería impresionar a Sirpa con su poderosa musculatura, su gigantesco pecho, sus robustas piernas, que más parecían troncos de árbol.

Sin embargo, sólo impresionó a Clinton Buckman, quien murmuró:

—Ten mucho cuidado, Sirpa.

La joven le dedicó una sonrisa.

—No temas, cariño. Voy a jugar con él como el gato con el ratón —aseguró, y fue decididamente hacia el mastodonte de Ranko.

CAPITULO IX

Otto, Kurt, Eric y Yanis, intuyendo que Ranko Gurchenko lo iba a pasar mal en su pelea con la peligrosísima Sirpa, trataron de ayudarle con sus advertencias:

—¡Cuidado con los cantos de sus manos, jefe! ¡Son dos auténticas hachas!

—¡Y con las puntas de sus dedos! ¡Son como pequeñas barras de acero!

—¡Y protéjase las orejas, o lo dejará sordo con las palmas de sus manos!

—¡Vigile también sus pies, porque tratará de hundirle las costillas de una patada!

Ranko vomitó un par de palabrotas.

—¡A callar, imbéciles! ¡No necesito vuestros consejos! —ladró, y atacó a Sirpa.

La joven esquivó hábilmente las manazas de Ranko, que pretendían hacer presa en su cuerpo, y le golpeó en el costado con el filo de su mano derecha.

Gurchenko emitió un rugido de dolor y retrocedió dos pasos, agarrándose el costado.

—¡Maldita...!

—Pues esto es sólo el principio, señor Gurchenko —dijo Sirpa, con burlona expresión.

Ranko se lanzó nuevamente al ataque, pero esta vez, en lugar de intentar atrapar a la amiga de Clinton Buckman, trató de arrollarla con su corpachón.

Estaba seguro de que, en el suelo, le sería más fácil dominar a Sirpa y hacer con ella lo que quisiera. Pero, por desgracia para 61, la joven se apartó a tiempo y Ranko no pudo frenar su impulso, propinándose un morrón de campeonato.

Gurchenko maldijo como un bucanero y trató de ponerse rápidamente en pie, pero, cuando ya se hallaba a cuatro patas, Sirpa disparó su pierna derecha y le incrustó la punta de la bota en las posaderas.

La patada, no tan dolorosa como humillante, obligó a Ranko a

besar nuevamente el suelo. En esta ocasión, sin embargo, Sirpa no esperó a que tratara de incorporarse, sino que saltó sobre sus espaldas y le «aplaudió» las orejas, igual que hiciera con Kurt en la casa de campo de Clinton Buckman.

Ranko chilló y se llevó las manos a los apéndices auriculares.

Kurt se estremeció, porque él sabía mejor que nadie lo que estaba sufriendo Ranko.

—¡Le dije que se protegiera las orejas, jefe! —exclamó.

Ranko no le oyó.

Se había quedado momentáneamente sordo.

Sirpa, sin abandonar las espaldas del rinoceronte de Ranko, le puso la mano en la cara y le agarró el mostacho. Seguidamente, tiró de él hacia arriba.

Ranko aulló y levantó la cabeza todo lo que pudo, para ver si lograba evitar que Sirpa le arrancase de cuajo el labio superior. Salvó el labio, desde luego, pero perdió más de un centenar de pelos, porque el tirón de Sirpa fue terrible.

La joven se vio la mano llena de pelos y no dudó en ponerlos todos sobre el afeitado cráneo de Ranko.

—¡Hay suficientes para confeccionar un bisoñé! —exclamó, riendo.

Clinton unió su risa a la de ella.

—¡Eres tremenda, Sirpa!

Otto, Kurt, Erica y Yanis, en el fondo, sentían también deseos de reír. Pero no lo hicieron, claro, porque su jefe lo estaba pasando francamente mal y eso no era bueno para ellos.

Lo que debían hacer, quizá, era intervenir. Disparar sobre Sirpa y paralizarla, pero no se atrevían, pues igual Ranko Gurchenko se lo tomaba a mal y les castigaba por haber intervenido.

Lo mejor era esperar a que él les pidiera ayuda.

Clinton Buckman, aprovechando que nadie se fijaba en él, intentó aflojar la cuerda que sujetaba sus manos. Tenía que soltarse, porque Sirpa podía necesitar ayuda si Otto y sus compañeros intervenían.

Le habían atado muy fuerte, pero no veía imposible aflojar las ligaduras y recuperar la libertad de sus manos.

Entretanto, Sirpa había saltado de la musculosa espalda de Ranko Gurchenko, para que éste pudiera levantarse.

—¡Arriba, luchador poderoso y experto! —dijo, con guasa.

Ranko, que ya empezaba a oír algo, se acordó entre dientes de la madre de Sirpa y se puso en pie, con las orejas muy coloradas y un poco hinchadas, y el mostacho bastante más despejado que antes.

Se notaba que había perdido ciento y pico de pelos.

—¡Te voy a hacer trizas, Sirpa! —relinchó.

—¡Qué miedo!

—¡No voy a tener en cuenta que eres una mujer!

—¡Vamos, ataque de una vez, bocazas!

Ranko fue hacia ella, colérico.

Sirpa le esperó, muy segura de sí misma.

En esta ocasión, Ranko no intentó atraparla ni arrollarla con su hercúleo cuerpo, sin golpearla brutalmente, utilizando los puños y las piernas.

Por fortuna, la extraordinaria agilidad de Sirpa y sus fantásticos reflejos impidieron que Ranko lograra su propósito. Y la joven, cansada ya de jugar con él, se tomó la pelea en serio y comenzó a soltar hachazos con sus manos abiertas.

Ranko recibió golpes en los hombros, en las caderas, en los muslos y en el cuello, quedando literalmente paralizado por el dolor. Entonces, Sirpa le incrustó las puntas de los dedos de ambas manos en distintos lugares del pecho, buscándole siempre los nervios.

Gurchenko bramó como si lo estuvieran asando a fuego lento, pero continuó en pie. No podía caerse, porque su cuerpo estaba rígido y él no podía doblar las rodillas, ni darse impulso hacia delante o hacia atrás.

Caería cuando Sirpa lo deseara.

Y la joven aún no había terminado con él.

Le reservaba un último golpe.

Y se lo dio, también con las puntas de los dedos, justo en la región pubiana.

Ranko sintió una especie de descarga eléctrica en sus órganos masculinos y lanzó un alarido ensordecedor, con los ojos desorbitados. Todo el cuerpo le tembló, incluidos los pelos del recién «depilado» mostacho.

Sirpa retrocedió un par de metros, extendió su brazo derecho hacia él, y contrajo los dedos de la mano, como ya hiciera en la casa de campo de Clinton Buckman, antes de desplazar la pistola de rayos

paralizantes. Con un brillo metálico en los ojos, dijo:

—Y ahora, señor Gurchenko, lo voy a convertir en un simpático chimpancé.

* * *

Clinton Buckman dejó de forcejar con sus ligaduras, que ya habían cedido algo. Miraba fijamente a Sirpa y se preguntaba si realmente tendría poder para transformar en chimpancé a Ranko Gurchenko.

Pensaba que no, pero después de oír que Sirpa no pertenecía a la Tierra, que procedía de un planeta llamado Zombo, cualquier cosa le parecía posible.

Ranko, aterrorizado, chilló:

—¡Disparad...!

Otto, Kurt, Eric y Yanis, no menos aterrorizados, se dispusieron a cumplir la orden de su jefe.

—¡Cuidado, Sirpa...! —gritó Clinton, al tiempo que embestía al tipo que tenía más cerca.

Era precisamente Otto, quien recibió un cabezazo en el pecho y salió despedido hacia Kurt, al que arrolló involuntariamente, cayendo ambos al suelo.

Clinton no pudo mantener el equilibrio después de su brava acción y cayó también al suelo, sin posibilidad ya de impedir que los otros dos tipos disparasen contra Sirpa.

Y la verdad es que lo intentaron, pero la joven había movido su brazo derecho hacia ellos, con los dedos contraídos, y... ¡convirtió sus fusiles en culebras!

Eric y Yanis dilataron sus ojos al máximo, horrorizados.

¡No podían creerlo!

¡Tenían en sus manos un par de culebras!

¡Y las culebras se movían!

¡Iban a morderles...!

Eric y Yanis chillaron a dúo y arrojaron las culebras, presas de un terror indescriptible.

Sirpa movió rápidamente su brazo hacia Otto y Kurt, transformando sus pistolas en dos enormes ciempiés antes de que, desde el suelo, pudieran disparar contra ella.

Otto y Kurt se llenaron de terror, al igual que les sucediera a Eric y Yanis, y se dieron mucha prisa en arrojar el par de peligrosos

ciempiés, chillando como locos.

Clinton Buckman lo veía y no lo creía.

Estaba sentado en el suelo, contemplando con ojos asombrados el par de culebras y el par de ciempiés, que se movían por el suelo con toda normalidad, como si siempre hubiesen sido culebras y ciempiés, en vez de fusiles y pistolas de rayos paralizantes.

De pronto, los cuatro bichos enfilaron hacia donde permanecía, quieto y rígido, Ranko Gurchenko, sin la menor posibilidad de huir, porque no podía mover un solo músculo de su cuerpo.

Con ojos desencajados de terror, chilló:

—¡Noooooooo…!

Sirpa esperó a que las culebras y los ciempiés estuviesen muy cerca ya de Ranko, para que su pánico fuera realmente cerval. Entonces, lo apuntó con su brazo y lo convirtió en chimpancé.

Un chimpancé pequeño y simpático, que se apresuró a saltar a los brazos de Sirpa, para ponerse a salvo del par de culebras y del par de ciempiés.

La joven acarició al asustado monito y preguntó: —¿Tiene alguien una bolsa de cacahuetes…?

CAPITULO X

La cosa tenía gracia, pero a Otto, Kurt, Eric y Yanis no les hizo ninguna. Seguían dominados por el pánico, pues, tras las increíbles demostraciones de poder realizadas por la hermosa Sirpa, cualquier cosa podía suceder.

Había que tener mucho valor para continuar allí, en el salón, expuestos a que Sirpa los convirtiese en monos, como a Ranko Gurchenko. O en culebras. O en enormes ciempiés.

Y, como ellos cuatro lo habían perdido por completo, echaron a correr hacia la puerta, deseosos de ponerse fuera del alcance del poder se Sirpa, la chica que decía proceder de un mundo llamado Zombo.

Otto y sus compañeros, desde luego, no ponían ya en duda que Sirpa era una mujer de otro planeta, porque nadie en la Tierra, absolutamente nadie, sería capaz de hacer lo que ella había hecho delante de ellos, de Ranko Gurchenko, y de Clinton Buckman.

El físico nuclear, desde luego, se hallaba realmente atónito. Lo de convertir los fusiles en culebras y las pistolas en gigantescos ciempiés ya tuvo mérito, pero transformar a un hombretón como Ranko Gurchenko en un pequeño y gracioso chimpancé era ya el colmo.

De ahí que no le extrañara que Otto, Kurt, Eric y Yanis huyeran despavoridos. Había para eso... y hasta para arrojarse de cabeza por una ventana.

Pero Sirpa, que no deseaba que los tipos se largaran, ordenó:

—¡Quietos!

Otto y sus compañeros la oyeron, pero no se detuvieron, porque estaban locos por salir de allí.

—¡Obedeced u os convierto en monos!

La amenaza hizo un efecto instantáneo, ya que los cuatro se quedaron clavados como postes. Otto y Kurt, incluso, con un pie en alto.

Miraron a Sirpa, estremecidos de pánico.

Ella sonrió y dijo:

—Me alegra que hayáis obedecido, porque no hubiera habido cacahuetes para todos.

Clinton Buckman se incorporó. Seguía teniendo las manos atadas, pero como la cuerda se había aflojado, se libró de ella con

un par de movimientos.

—Cuidado con los bichos, Sirpa.

—¿Qué bichos?

—Las culebras y los ciempiés.

—¿Culebras y ciempiés...? ¿Dónde están?

—Casi tocando tus botas.

Sirpa miró hacia abajo.

—Yo sólo veo dos fusiles y dos pistolas...

Clinton se frotó los ojos, porque era cierto que ahora, a los pies de la joven, no había culebras ni ciempiés, sino las armas que minutos antes empuñaran Otto y sus compañeros.

¡Se habían transformado nuevamente!

¡Volvían a ser lo que habían sido antes! ¡Armas de rayos paralizantes!

Otto, Kurt, Eric y Yanis se restregaron también los ojos, perplejos.

Clinton sonrió levemente y dijo:

—Eres un verdadero demonio, Sirpa.

—Sí, lo reconozco.

—Espero que, cuando ese simpático chimpancé se convierta de nuevo en Ranko Gurchenko, no continúe en tus brazos. No podrías sostenerlo.

—¡Seguro que no! —rió la joven.

El científico se aproximó y recogió una de las pisto las de rayos paralizantes.

—No volverá a convertirse en un gigantesco ciempiés, ¿verdad? —dijo, con algo de temor.

—Puedes estar tranquilo.

—Bien, tú dirás lo que hacemos con el mono. ¿Lo dejamos aquí o nos lo llevamos de la mano?

—Lo utilizaremos como rehén para salir de esta casa.

—¿Como rehén un chimpancé...?

—Bueno, es que este chimpancé es nada menos de Ranko Gurchenko —recordó Sirpa.

—Pero los tipos que vigilan la casa no lo saben —repuso el físico nuclear—, Y no lo creerán, cuando se lo digamos.

—No se lo diremos nosotros, sino ellos —explicó Sirpa, mirando a Otto y sus compañeros.

—Me temo que tampoco lo creerán.

—En ese caso, peor para ellos. Los transformaré a todos en monos y convertiré esto en un zoológico —dijo la joven, y se quedó tan pancha.

Clinton rió.

—Te ha dado por los monos, ¿eh?

—Porque es el animal más parecido al hombre. Pe ro, si quieres, los convierto en jirafas, cebras o avestruces. A mí me da lo mismo, ¿eh?

El científico rió de nuevo.

—Eres un caso, Sirpa.

—Lo importante es salir de aquí, Clinton —sonrió ella, al tiempo que recogía la otra pistola—. Y nosotros lo vamos a conseguir.

—Seguro que sí.

—Anda, vamos. Y usted no dé guerra, ¿eh, señor Gurchenko? —le dijo Sirpa al chimpancé.

Clinton soltó una carcajada.

—¿Sabe el mono que es Gurchenko...?

—¡Por supuesto que no! —exclamó la joven—. Si lo supiera me sacaría los ojos.

—¡Seguro!

—¡Vosotros, moveos! —ordenó Sirpa a los tipos—, Y cuidado con intentar nada, ¿eh? —advirtió—. Ya sabéis lo que os pasaría.

Otto, Kurt, Eric y Yanis abrieron la puerta y salieron del salón, despacio y sin ganas de intentar sorprender a Clinton y Sirpa, porque sabían que lo pagarían muy caro.

* * *

Los hombres que vigilaban la casa se quedaron muy sorprendidos cuando vieron salir de ella a Otto, Kurt, Eric y Yanis, sin armas y seguidos de cerca por Clin ton y Sirpa, libres ambos y esgrimiendo sendas pistolas.

Con todo, lo que más les sorprendió fue el pequeño chimpancé que Sirpa llevaba en brazos, porque ellos estaban seguros de que no había ningún mono en la casa.

Pero, como era de esperar, los tipos reaccionaron y apuntaron con sus fusiles al científico y a su amiga. —¡Alto! —ordenó uno de ellos.

Clinton y Sirpa se detuvieron.

—¡Arrojad las armas, vamos! —dijo el mismo individuo.

—Decidles que los que deben arrojarlas son ellos, muchachos —habló Clinton.

Otto, con voz temblorosa, ordenó:

—Tirad los fusiles, Geor.

—¿Qué...?

—Si no lo hacéis, os convertiréis en monos.

—¿En monos, dices...? —exclamó otro de los tipos. —Sé que es difícil de creer, Boris, pero ahí tenéis a Ranko Gurchenko.

Los vigilantes buscaron con la mirada a su jefe. —¿Dónde? —preguntó el llamado Geor, al no verlo por ninguna parte.

—En brazos de la chica —respondió Otto.

Todas las miradas se clavaron en el gracioso chimpancé.

—¡En brazos de la chica sólo hay un mono! —barbotó Geor.

—Es el jefe. Tampoco creía en los poderes de la chica, y ella lo convirtió en chimpancé.

Los vigilantes se quedaron con la boca abierta. —¡No es posible...! —exclamó Boris.

—¡Otto nos está tomando el pelo! —dijo Geor. Kurt intervino:

—Otto ha dicho la verdad. El mono es Ranko Gurchenko. Y, antes de convertirlo en chimpancé, la chica transformó nuestros fusiles en culebras y nuestras pistolas en gigantescos ciempiés.

Volvieron a abrirse todas las bocas.

—Es cierto, muchachos —corroboró Eric—. La chica posee unos poderes diabólicos y puede convertirnos a todos en monos, jirafas, cebras, avestruces, o cualquier otro tipo de animal.

—No la obliguéis a ello, por favor —suplicó Yanis.

Los tipos vacilaron.

A pesar de todo, aún dudaban.

—Creo que deberías hacerles una pequeña demostración de tus poderes, Sirpa —dijo Clinton.

—Con mucho gusto —respondió la joven, que empuñaba la pistola de rayos paralizantes con la mano izquierda.

Extendió el brazo derecho hacia uno de los tipos, contrajo los dedos, hizo brillar aceradamente sus ojos, y el fusil que empuñaba el vigilante se transformó en una serpiente.

El tipo dio un chillido de terror y soltó inmediatamente al bicho,

al tiempo que daba un gran salto hacia atrás. Tan grande fue, que perdió el equilibrio y cayó de espaldas.

Sus compañeros, tan asustados como él, se apresuraron a arrojar sus fusiles antes de que se convirtieran en serpientes.

Clinton Buckman emitió una risita.

—Podemos irnos, Sirpa.

—Sí, no creo que nadie ose detenernos —respondió la joven, sonriendo.

Caminaron hacia el helimóvil.

—Tú vendrás con nosotros, Otto —dijo Clinton.

El tipo respingó.

—¿Para qué?

—Pilotarás el helimóvil y luego regresarás con Gurchenko.

Otto no se atrevió a discutir y subió al aparato con ellos.

Segundos después, el helimóvil se elevaba y se alejaba de la casa, seguido por las asustadas miradas del resto de los hombres de Ranko Gurchenko.

CAPITULO XI

El helimóvil acababa de posarse frente a la casa de campo de Clinton Buckman. Durante el vuelo, Otto había mirado varias veces al chimpancé, que seguía en brazos de Sirpa, haciendo monaditas.

Era lo suyo, claro.

A Otto, sin embargo, le parecía imposible que aquel monito tan alegre y tan divertido fuera Ranko Gurchenko, pese a haber visto con sus propios ojos cómo Sirpa transformaba a Ranko en chimpancé con sus demoníacos poderes.

¿No sería todo un sueño...?

¿Una fantástica pesadilla...?

Era lo que el tipo se estaba preguntando, cuando oyó la voz del físico nuclear:

—Abajo, Otto.

Este descendió del aparato.

Clinton y Sirpa descendieron también, ella cargada con el travieso chimpancé, que tenía muchas ganas de jugar.

—Te voy a echar de menos, ¿sabes? —le dijo la joven al mono, riendo.

—Creo que yo también —dijo el científico.

—Toma, Otto, hazte cargo de él —indicó Sirpa.

El chimpancé pasó a brazos de Otto, con el que empezó a juguetear.

—Estese quieto, señor Gurchenko —dijo, apartando la cara, porque el monito le estaba poniendo las manos en ella.

El chimpancé le agarró una oreja y tiró de ella, al tiempo que mostraba los dientes. Daba la impresión de que el mono se estaba riendo, lo cual provocó la hilaridad de Clinton y Sirpa.

—Vamos, jefe, vamos —rezongó Otto, quien seguramente hubiera estampado al chimpancé contra el suelo de no saber que era Ranko Gurchenko, el hombre para el cual trabajaba.

Sirpa decidió que era el momento de devolverle a Gurchenko su verdadera personalidad e hizo un gesto con la mano.

En una fracción de segundo, el mono se convirtió en Ranko Gurchenko.

Un Ranko Gurchenko prácticamente desnudo, ya que seguía en slip, como cuando Sirpa lo transformara en chimpancé.

Otto no pudo sostenerlo en brazos, porque Ranko pesaba más de cien kilos, y éste se dio un buen batacazo.

—¡Maldita sea! —rugió Ranko, después de estrellarse contra el suelo.

Otto respingó nerviosamente y se apresuró a ayudarle a ponerse en pie.

—Lo siento mucho, jefe. Yo...

Ranko le soltó un zarpazo.

—¡Quítame las manos de encima!

—¿Se encuentra bien, jefe? ¿Ya no se siente mono...?

Ranko iba a soltar taco, pero se reprimió al oír risas, las de Clinton y Sirpa. Se volvió hacia ellos y, al ver a Sirpa, dio un fuerte respingo y gritó:

—¡La extraterrestre...!

—Le tomé el pelo, Gurchenko.

—¿Qué?

—No soy un ser de otro mundo. Nací en la Tierra, como usted.

—¿Y por qué dijiste que...?

—Para impresionarle.

—Pero, tus poderes...

—Los tengo, en eso no le engañé. Pero no pienso decirle cómo los adquirí. Lo que sí le voy a decir, es que se olvide por completo de Clinton Buckman y de mí. Si sus hombres vuelven a molestarnos, lo lamentará de verdad, porque la próxima vez no me limitaré a darle una paliza y convertirlo en chimpancé. Mis poderes van mucho más lejos. Puedo destruirlo a usted, destruir a todos sus hombres, y destruir también su casa sin utilizar arma alguna.

Ranko sintió un frío intenso por todo el cuerpo, y no porque fuera en slip, pues la noche era cálida y agradable. Eran las palabras de Sirpa lo que le había dejado helado.

Y lo mismo le sucedía a Otto, quien, con voz trémula, se atrevió a sugerir:

—Creo que deberíamos largarnos, jefe.

—Sí, vámonos de aquí en seguida —respondió Ranko, igualmente tembloroso.

Subieron los dos al helimóvil. Ranko lo hizo con alguna

dificultad, porque acusaba los muchos golpes que Sirpa le propinara, antes de convertirlo en mono.

—¡Hasta nunca, señor Gurchenko! —dijo Clinton, levantando la mano derecha.

Ranko no respondió.

—Vamos, Otto, de prisa —mascülló.

—Sí, jefe.

Otto puso el motor en marcha y las hélices empezaron a girar.

Segundos después, el aparato despegaba y ganaba rápidamente altura y velocidad, desapareciendo en unos instantes.

* * *

Clinton y Sirpa habían entrado ya en la casa.

La joven pasó su brazo por la cintura del científico y sugirió:

—Volvamos a la cama, cariño.

—Todavía no, Sirpa.

Ella le miró.

—¿No te apremia el deseo de hacerme tuya...? —Sí, pero antes de hacer el amor tenemos que aclarar algunas cosas.

—Ya las aclararemos mañana.

—No, quiero aclararlas ahora.

—Es tarde, Clinton.

—No importa. Mañana no tenemos que madrugar. Sirpa lanzó un suspiro.

—Está bien, hablemos ahora.

—Sentémonos en el sofá —dijo Clinton.

Fueron los dos hacia allí y se sentaron en él.

—Sirpa...

—¿Qué?

—¿Eres o no eres terrestre?

Sirpa sonrió ligeramente.

—Sabía que me ibas a preguntar eso.

—Respóndeme con la verdad, te lo ruego. Significas mucho para mí y tengo que saber quién eres y de dónde vienes, por qué peleas de esa forma tan rara y tan eficaz a la vez, por qué tienes esos increíbles poderes...

—¿De verdad significo mucho para ti, Clinton?

—Me he enamorado de ti, Sirpa. Y es la primera vez que le digo

esto a una mujer, te lo aseguro.

Ella le pasó los brazos por el cuello y lo besó cálidamente en los labios.

—Yo también te amo, Clinton.

—¿Estás segura?

—Si no lo estuviera no te lo diría.

—Razón de más, entonces, para que te sinceres conmigo.

—Lo voy a hacer.

—Empieza por responder a mi primera pregunta.

—No soy terrestre.

—Entonces, dijiste la verdad en casa de Gurchenko...

—Sí, procedo de Zombo, un planeta todavía desconocido para vosotros, porque las naves terrestres no pueden llegar tan lejos. Por ahora, claro. Más adelante...

—¿Qué haces en la Tierra?

—Espiar.

—¿Qué...?

Sirpa se mordió los labios.

—Me avergüenza un poco confesarlo, pero es la verdad. Soy una espía, Clinton. Una espía de Zombo.

—Una espía... —repitió quedamente el científico.

—No te gusta que lo sea, ¿verdad?

—Desde luego que no.

—Es natural. Pero quizá te sientas mejor si te digo que no he hecho nada malo desde que llegué a vuestro planeta. Me he limitado a observar, a estudiar vuestro mundo, a conocer a sus habitantes... En Zombo quieren saber todo lo que ocurre en la Tierra, y especial mente, cuánto tardaréis en disponer de naves lo suficientemente capacitadas como para llegar hasta Zombo.

—Eso último fue lo que te trajo hasta mí, ¿verdad?

—Sí —confesó Sirpa—. Averigüé que eras el número uno en el campo de la física nuclear y...

—Tu helimóvil no se averió.

—No.

—No sufriste accidente alguno.

—No.

—No te dolía el hombro.

—No.

—Todo fue una farsa para entablar amistad conmigo, embaucarme con tus encantos, y luego sonsacarme.

—Esos eran mis planes, sí —confesó Sirpa—. Lo que yo no sabía es que iba a enamorarme de ti.

—No sé si creerte, después de tanta mentira.

—No podía decirte la verdad, compréndelo. Pero ahora soy sincera. Y con esa misma sinceridad te digo que te quiero, Clinton.

—Yo también te quiero, eso es lo peor.

—¿Por qué lo peor…?

—Tantos años esperando a la mujer de mi vida y, cuando la encuentro, resulta que no es de este mundo, que es una espía de Zombo. ¿No te parece que es como para tirarse de los pelos…?

—Mañana hablaremos de tirones de pelo —sonrió Sirpa, y le besó de nuevo, esta vez con mucha pasión.

CAPITULO XII

Los hombres de Ranko Gurchenko aguardaban nerviosamente el regreso del helimóvil, preguntándose si Otto volvería con Ranko... o con el chimpancé.

Habían dado muerte a la serpiente, antes de que mordiera a alguno de ellos. Y, en cuanto el bicho murió, se transformó en lo que era antes de convertirse en serpiente. O sea, en un fusil de rayos, ahora totalmente inservible, pues estaba destrozado.

Los tipos se habían atrevido a empuñar de nuevo los fusiles, aunque, en el fondo, quien más y quien menos temía que alguna de las armas se transformara en serpiente.

Por fin, el helimóvil apareció en el cielo.

—¡Ahí vuelve Otto! —exclamó Geor.

—¡Y regresa con el jefe! —dijo Boris.

—¡Ya no es un mono! exclamó Kurt.

—¡Vuelve a ser un hombre! —añadió Eric.

—¡Menos mal que la chica le devolvió su verdadera personalidad! —dijo Yanis.

El helimóvil se posó frente a la casa, Otto paró el motor, y descendió del aparato.

—¡Ayudad al jefe, muchachos! ¡Acusa los golpes recibidos!

Sus compañeros corrieron hacia el helimóvil.

Ranko, que ya estaba saliendo del vehículo volador, ladró:

—¡Que nadie me toque! ¡No necesito ninguna ayuda!

Los hombres no se atrevieron a prestársela, aunque resultaba evidente que Ranko sentía dolores por todo el cuerpo.

Kurt sonrió y dijo:

—Me alegro de que ya no sea un chimpancé, jefe.

Ranko le soltó un tremendo revés y lo tiró al suelo.

—¡Que nadie me recuerde que he sido mono! —rebuznó, furioso —, ¡Soy capaz de arrancarle la cabeza a quien lo mencione!

Los hombres guardaron silencio.

—¡En pie, Kurt! —ordenó Ranko.

—Sí, jefe —respondió sumisamente el tipo, y se irguió, sangrando por la comisura de la boca.

—¡Seguidme vosotros cuatro, Otto!

—A la orden, jefe.

Ranko entró en la casa, seguido de Otto, Kurt, Eric y Yanis.

Ya en el salón, lo primero que hizo Ranko fue recoger su túnica del suelo y colocársela. Después, se sentó en un sillón y dijo:

—Sírveme una copa, Otto.

—En seguida, jefe.

Otto preparó la copa y se la ofreció.

—Su copa, jefe.

Ranko la cogió, se la llevó a los labios, y la vació de un solo trago.

—Sírveme otra.

Otto carraspeó ligeramente.

—¿Quiere emborracharse, jefe?

—¡No, pero necesito otra copa! —rugió Ranko.

—Perdone, jefe. Se la sirvo al instante.

Otto llenó de nuevo la copa y se la llevó a Gurchenko, quien la vació con la misma rapidez de antes. Esta vez, sin embargo, no pidió más licor.

—Quiero saber lo que ocurrió desde que esa bruja de Sirpa me convirtió en lo que vosotros sabéis, hasta que volví a la normalidad —masculló.

—¿No recuerda nada, jefe...? —preguntó Eric.

—No, lo último que recuerdo es que un par de culebras y un par de gigantescos ciempiés estaban a punto de trepar por mis piernas, y que yo no podía mover me. Lo tenía todo rígido, agarrotado, como dormido...

—Fue entonces cuando Sirpa lo convirtió en chimpancé, jefe —dijo Yanis—. Y usted saltó a sus brazos.

Los ojos de Ranko chisporrotearon de furia y, como seguía teniendo la copa en las manos, se la arrojó a la cabeza a Yanis, alcanzándole en la frente, como la otra vez.

El tipo dio un grito y se agarró la frente.

—¡Dije que nadie me recordara que fui mono! —relinchó Ranko.

—Perdón, jefe —tosió Yanis—, No volverá a ocurrir.

Sin pronunciar las palabras «mono» y «chimpancé», Otto y sus compañeros refirieron lo sucedido allí, en el salón, y fuera de la casa, encargándose Otto de relatar el resto, puesto que era el único que iba en el helimóvil con Clinton Buckman, Sirpa, y el chimpancé

que entonces era Ranko Gurchenko.

Otto hubiera podido informar a Ranko mientras volvían de la casa de campo del científico, pero su jefe iba muy callado, sin ganas de hablar, y él no se atrevió a romper el silencio, conociendo como conocía las violentas reacciones de Gurchenko.

Una vez informado, Ranko dijo:

—El poder de esa mujer es extraordinario, tengo que reconocerlo. Me reí de ella y lo pagué muy caro. Me golpeó, me dejó sordo durante un tiempo, me arrancó medio bigote, me convirtió en un animal… Se rió de mí cuanto quiso y me humilló en vuestra presencia. Y eso es algo que no le perdonaré jamás. Tengo que vengarme. Hacerle pagar todo lo que me hizo.

Otto, Kurt, Eric y Yanis se miraron entre sí, nerviosos.

El primero se atrevió a aconsejar:

—Creo que debe olvidarse de esa bruja, jefe.

—¿Olvidarme…? —gritó Ranko—, ¡Nunca!

—Recuerde lo que Sirpa dijo, jefe. Tiene poder para destruirnos a todos sin utilizar arma alguna. Y para destruir, incluso, esta casa. Y aseguró que haría ambas cosas si usted no se olvidaba de ella y del físico nuclear.

Ranko apretó los dientes.

—Sí, lo dijo. Y la creo muy capaz de hacerlo, si le permitimos que haga uso de sus diabólicos poderes. Pero no será así. La mantendremos con las manos atadas a la espalda cuando la atrapemos de nuevo. Y con los ojos vendados. Así no es peligrosa. No pudo hacer nada hasta que yo la solté.

Otto y sus compañeros se miraron de nuevo, más nerviosos aún que antes.

—Disculpe, jefe, pero no creo que sea posible atrapar a esa bruja de nuevo —carraspeó el primero.

—¿Por qué, Otto? Si la atrapasteis una vez, podéis atraparla dos. Sólo tenéis que utilizar la misma técnica.

Eric intervino:

—La otra vez tuvimos mucha suerte, jefe.

—Volveréis a tenerla, si actuáis del mismo modo.

—Nos puede matar a los cuatro, jefe… —gimió materialmente Yanis.

Ranko lo miró con dureza.

—Yo también puedo mataros a los cuatro. ¡Y juro que lo haré si no me traéis a esa mujer!

Los tipos se estremecieron.

Kurt preguntó:

—¿Sólo la quiere a ella, jefe?

—¡No, también al profesor Buckman! ¡Tiene que trabajar para mí! ¡Lo obligaré, aunque tenga que someterlo a las más dolorosas torturas! —aseguró Ranko.

Otto suspiró.

—De acuerdo, jefe. Intentaremos traérselos a los dos. Si no volvemos será que hemos fracasado.

—Y si vuelven cuatro monos, también —rezongó Eric.

—O cuatro jirafas —dijo Yanis.

—O cuatro avestruces —añadió Kurt.

Ranko los fulminó a los tres con los ojos.

—¡Fuera de mi vista!

—Vamos, muchachos —dijo Otto, y abandonó rápidamente el salón, seguido de Kurt, Eric y Yanis.

* * *

Clinton y Sirpa acababan de hacer el amor, pero seguían el uno en brazos del otro, besándose y acariciándose mutuamente, sin fogosidad ya, con suavidad y ternura.

—¿Te ha gustado, Clinton? —preguntó ella.

—Para ser con una mujer de otro mundo, no ha estado mal —respondió el científico, con ironía.

Sirpa sonrió.

—Las mujeres de Zombo no nos diferenciamos en nada de las de la Tierra.

—¿Y los hombres...?

—Tampoco. Bueno, son un poco más feos, quizá. Tú, desde luego, eres mucho más atractivo que cual quiera de los hombres de Zombo.

—Caramba, muchas gracias.

—Es la verdad.

—¿Y qué tal me he portado aquí, en la cama...?

—Has estado magnífico —aseguró Sirpa, y le besó.

Clinton le acarició los senos.

—Tenía que esmerarme contigo —dijo.

—¿Por qué?

—Si llego a defraudarte, igual me conviertes en canguro.

Sirpa se echó a reír.

—¡Quizá lo hubiera hecho, sí! —bromeó.

Clinton la besó y propuso:

—¿Lo repetimos, mujer de Zombo?

—Encantada, profesor.

Hicieron el amor de nuevo, gozando plenamente los dos.

Después, se quedaron dormidos, cubiertos sólo hasta la cintura por la sábana.

Y así, profundamente dormidos, los encontraron los hombres de Ranko Gurchenko, bastantes minutos después, por lo que Otto y sus compañeros no tuvieron ninguna dificultad para enviarles varios rayos paralizantes y capturarlos de nuevo.

CAPITULO XIII

El helimóvil de los hombres de Ranko Gurchenko surcaba nuevamente el cielo, con Clinton Buckman instalado en el asiento delantero, entre Otto y Kurt, como la otra vez, y Sirpa en el asiento de atrás, custodiada por Eric y Yanis, también como la vez anterior.

Clinton y Sirpa seguían bajo los efectos de los rayos paralizantes, así que no se enteraban de nada. Iban los dos vestidos y llevaban las manos atadas a la espalda. Sirpa, además, llevaba los ojos vendados, como la otra vez.

En esta ocasión, fue Sirpa la primera en recobrar la movilidad, cuando todavía faltaban unos quince minutos para llegar a la casa de Ranko Gurchenko.

Eric y Yanis se asustaron.

—¡La bruja está volvieron en sí, Otto! —exclamó el primero.

Otto y Kurt se volvieron al instante, no menos asustados.

—Esperemos que sea cierto que, con las manos atadas a la espalda y los ojos vendados, no pueda hacer uso de sus temibles poderes —murmuró Otto.

—¿Le disparamos de nuevo...? —sugirió Yanis.

—No, todavía no. Pero hacedlo sin consultarme si intenta algo —indicó Otto.

Sirpa levantó la cabeza, pero no realizó ningún movimiento brusco.

—Conque ya estamos otra vez igual, ¿eh? —dijo, con voz serena.

Los tipos no respondieron.

Sirpa pareció mirar a Clinton a través del pañuelo que cubría sus ojos.

—El profesor Buckman sigue inconsciente, ¿no?

—Sí —respondió Otto.

—Se va a enfadar mucho cuando despierte. Y con razón, porque tres intentos de secuestro es demasiado ya.

—Nosotros cumplimos órdenes —dijo Kurt.

—Ya lo sé. Pero eso no os librará del castigo. Sufriréis las consecuencias, igual que Ranko Gurchenko. Le advertí lo que pasaría si no se olvidaba de Clinton Buckman y de mí. Como no me ha hecho caso, cumpliré mi amenaza.

Otto y sus compañeros sintieron sendos escalofríos, pero no hicieron ningún comentario.

Tan sólo un minuto después, Clinton Buckman volvía en sí.

—¡Maldición! —rugió, al verse nuevamente en poder de los hombres de Gurchenko.

—Les dije que te enfadarías mucho, Clinton —sonrió Sirpa.

El científico se volvió inmediatamente.

—¿Estás bien, Sirpa?

—Sí, no te preocupes.

—¡Nos han vuelto a atrapar!

—Peor para ellos. Y también para su jefe. Los voy a aniquilar a todos. Después, haré que la casa entera arda como una colosal antorcha —aseguró la espía de Zombo.

Otto, Kurt, Eric y Yanis sintieron nuevas oleadas de frío.

Y, pese a tener el cuerpo helado, empezaron a sudar.

Era producto de su terror, que se había acentuado tras las últimas palabras de Sirpa.

¿Podría cumplir sus amenazas con las manos atadas a la espalda y los ojos vendados...?

Era la pregunta que se hacían los hombres de Ranko Gurchenko.

Y también Clinton Buckman.

Le parecía imposible, pero cuando Sirpa lo afirmaba...

La joven, desde luego, no se veía en absoluto nerviosa o preocupada, parecía la mar de tranquila, y eso era lo que infundía ánimos a Clinton y le hacía confiar en ella.

Si Sirpa decía que saldrían con bien de aquello, con bien saldrían, por mucho que se empeñaran Gurchenko y sus hombres en lo contrario.

* * *

Ranko Gurchenko seguía sentado en el sillón, esperando con viva impaciencia el regreso de sus hombres. Confiaba en que les hubiera acompañado el éxito, como la vez anterior, aunque la verdad es que no las tenía todas consigo.

Temía que no volvieran.

O que volvieran convertidos en monos...

Por eso, cuando vio entrar a Otto, Kurt, Eric y Yanis, trayéndole de nuevo al físico nuclear y a la bruja de su amiga, casi se vuelve

loco de alegría.

—¡Lo conseguisteis, muchachos! —exclamó, saltando del sillón como si no le doliera nada.

Clinton lo miró duramente.

—Se va a arrepentir, Gurchenko.

—¡En absoluto, profesor!

—Sirpa...

—¡No puede hacer nada con las manos atadas y los ojos vendados! —le atajó Ranko.

—¿Está seguro de eso, Gurchenko...? —preguntó la enviada de Zombo, que parecía mirarle, pese a tener los ojos cubiertos.

—¡Nada pudiste hacer la otra vez hasta que te desaté!

—Porque no quise.

Otto y sus compañeros palidecieron.

Ranko se dio cuenta de ello y exclamó:

—¡No temáis, muchachos! ¡Lo dice para asustarnos! ¡Está tan indefensa como el profesor Buckman!

—¿Estás indefenso, Clinton...? —preguntó Sirpa, sin volver la cabeza hacia él.

El científico, que pugnaba por aflojar sus ligaduras con disimulo, sintió de pronto que la cuerda se volvía elástica, lo que le permitió recuperar la libertad de sus manos en un segundo.

—¡Qué voy a estar indefenso! —exclamó, y le estrelló el puño en la cara a Otto, derribándolo.

Ranko dio un patadón en el suelo.

—¡Se ha soltado, estúpidos! ¡Reducidlo en seguida!

Mientras Ranko daba la orden, el otro puño de Clinton percutía con dureza en la quijada de Kurt, quien también se vino abajo de forma estrepitosa.

Eric y Yanis quisieron disparar sobre el científico, pero sus fusiles se convirtieron repentinamente en sendas barras de acero al rojo vivo, quemando sus manos.

Los tipos bramaron a dúo y soltaron inmediatamente las barras candentes, pero para entonces ya tenían ambos las manos totalmente abrasadas.

Clinton le atizó con el puño diestro a Yanis y con el izquierdo a Eric, tumbándolos a los dos.

Otto y Kurt empuñaban sendas pistolas. No las habían perdido al

caer derribados por los golpes del científico, pero tampoco pudieron utilizarlas, porque se transformaron súbitamente en dos pedazos de hierro al rojo y les abrasaron sus respectivas diestras.

Mientras los tipos aullaban de dolor, Clinton le propinó un patadón en la cara a Otto y otro a Kurt, haciéndolos rodar a ambos por el suelo.

—¡Bravo, Clinton! —exclamó Sirpa, que ya tenía las manos libres y los ojos descubiertos—, ¡Y me ocupo de Gurchenko!

—¡No, déjamelo a mí! —pidió el físico nuclear, y se lanzó sobre el bigotudo.

Ranko, aterrado de ver que no había servido de nada mantener a Sirpa con las manos atadas a la espalda y los ojos vendados, no hizo frente con acierto al científico y éste le hizo probar la dureza de sus puños.

Mientras Clinton golpeaba a Gurchenko, Otto y sus compañeros se levantaron e intentaron la huida, pero, justo cuando estaban a punto de alcanzar la puerta, ésta se convertía en una densa cortina de fuego.

Los tipos no pudieron frenar su impulso y se precipitaron sobre las llamas, recibiendo dolorosas quemaduras por todo el cuerpo.

Sus alaridos se oyeron fuera de la casa.

—¿Estáis oyendo eso…? —exclamó Geor.

—¡Algo va mal ahí adentro! —dijo Boris.

—¡Corramos! —gritó un tercero.

Todos los hombres que vigilaban los alrededores de la casa penetraron en ésta, con las armas preparadas. Cuando alcanzaron el salón, descubrieron aterrorizados que la puerta era una cortina de fuego y que Otto, Kurt, Eric y Yanis se retorcían en el suelo, mientras sus trajes ardían.

Los chillidos de los cuatro eran desgarradores.

De repente, la cortina de fuego desapareció y Sirpa surgió en la puerta, con el brazo derecho extendido, los dedos contraídos, los ojos brillantes como relucientes hojas de cuchillo.

Geor, Boris y los otros quisieron disparar sobre ella, pero la espía de Zombo hizo nuevamente uso de sus increíbles poderes y convirtió los fusiles de los tipos en hierros candentes.

Los hombres de Gurchenko aullaron al sentir la dolorosa mordedura del fuego y soltaron instantáneamente las barras al rojo,

echando a correr seguidamente como locos.

Sirpa hizo otra de las suyas y un espeso muro de fuego surgió repentinamente frente a ellos. Los tipos no pudieron detenerse a tiempo y fueron tragados por las llamas.

La enviada de Zombo se volvió hacia Clinton, quien seguía golpeando a Ranko Gurchenko con ganas. Cuando lo derribó, Sirpa dijo:

—Déjamelo ahora a mí, Clinton.

El científico se retiró.

—Tuyo es, Sirpa.

La joven hizo uso de sus poderes y la túnica de Ranko comenzó a arder como si la hubiesen rociado de gasolina y luego le hubieran aplicado una cerilla.

Ranko aulló y se arrancó como pudo la túnica, quedando en slip.

Pero el slip también ardió.

Ranko chilló de nuevo y se arrancó la prenda, quedando completamente desnudo. Su enorme cuerpo ofrecía ya múltiples y dolorosas quemaduras, por lo que brincó del suelo y se lanzó como loco hacia la puerta.

—¡Nooooooo…!

Sirpa permitió que alcanzara la puerta, pero cuando iba a cruzarla, hizo brotar la densa cortina de fuego y Ranko fue engullido por las llamas.

EPILOGO

Clinton Buckman no pudo evitar un estremecimiento.

—¿No has sido demasiado dura, Sirpa?

La espía de Zombo lo miró.

—En absoluto, Clinton. Leí en el pensamiento de Ranko Gurchenko cuando entramos aquí. ¿Y sabes qué proyectos tenía...?

—No.

—Para obligarte a trabajar para él, estaba dispuesto a someterte a las más terribles torturas. En cuanto a mí, como venganza por la paliza que le di y por haberle convertido en chimpancé, pensaba arrancarme la ropa, violarme salvajemente, y después someterse también a las más humillantes y dolorosas torturas.

Clinton volvió a estremecerse, aunque ahora por distinto motivo.

—¿De verdad pensaba...?

—Sí.

—Entonces, se merecía el fin que ha tenido.

Sirpa hizo desaparecer la cortina de fuego.

—Salgamos, Clinton.

Abandonaron los dos el salón.

Ranko yacía en el suelo, carbonizado, lo mismo que Otto, Kurt, Eric y Yanis. Más adelante, igualmente abrasados, yacían Geor, Boris, y los otros.

Clinton y Sirpa salieron de la casa y, antes de subir al helimóvil, le enviada de Zombo recurrió una vez más a sus poderes e hizo arder la casa por los cuatro costados.

—Podemos irnos, Clinton.

Subieron los dos al helimóvil, Clinton lo puso en funcionamiento, y se alejaron de la gigantesca hoguera que era ya la casa de Ranko Gurchenko.

Más tarde, ya en la casa de campo del científico, acostados de nuevo en la cama, Sirpa dijo:

—He decidido quedarme para siempre en la Tierra, Clinton.

—¿De veras...? —se alegró él.

—Sí, no quiero separarme de ti. Mañana mismo estableceré comunicación con Zombo, hablaré con mis superiores, y les

informaré de que no tienen nada que temer de los habitantes de la Tierra, que éste es un planeta tranquilo y nadie piensa aquí en invadir otros mundos y someter a sus gentes. Con eso terminará mi misión en la Tierra, pero les diré que voy a quedarme en ella, porque he conocido a un hombre maravilloso que me quiere de verdad.

Buckman le acarició el rostro.

—Tu decisión me hace inmensamente feliz, Sirpa.

—A mí también, te lo aseguro.

Se besaron largamente.

Después, el científico sugirió:

—¿Hacemos el amor de nuevo, espía de Zombo? —Lo estoy deseando, profesor —confesó Sirpa, con pícaro gesto, y volvió a unir su boca a la de Clinton.

F I N





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.